

**MULTI IN UNO TEMPORE ORATORES FLORUERUNT.
LA ORGANIZACIÓN DEL TIEMPO
EN EL *BRUTUS* DE CICERÓN**

BEATRIZ DE LA FUENTE MARINA
Universidad de Salamanca

1. INTRODUCCIÓN

Desde que, ya allá por 1982, Antoinette Novara¹ echara en falta un análisis estructural completo del *Brutus* de Cicerón, nadie, que sepamos, ha recogido el guante. Esto se debe probablemente a que las historias de la literatura –y el *Brutus* puede entenderse como una historia crítica de la oratoria– suscitan más interés por sus contenidos que por la forma adoptada para la transmisión de los mismos. Y, sin embargo, la obra se presta a un estudio narratológico tanto o más que sus homólogas de ficción. No en vano, David Perkins² recuerda que, aunque no solemos pensar en la historia de la literatura como narrativa, a menudo cumple todos los requisitos para ser considerada como tal: la transición en el tiempo de un estado de cosas a otro diferente y el hecho de que un narrador nos relate esa transición.

1 A. NOVARA, *Les idées romaines sur le progrès d'après les écrivains de la République (essai sur les sens latin du progrès)*, Paris (Belles Lettres) 1982, 214, nota 74.

2 D. PERKINS, "Narrative literary history", en *Is Literary History Possible?*, Baltimore (The John Hopkins University Press) 1993, 29.

En este artículo fijaremos nuestra atención principalmente en la categoría narratológica del “tiempo” y sus subcategorías tal como las sistematizó Genette, “orden”, “velocidad” y “frecuencia”. Sólo una sofisticada armazón cronológica podía garantizar una organización coherente de la enorme cantidad de oradores que desfilan desde los tiempos homéricos (siglo VIII a.C.) hasta la época tardorrepública romana, en la que se encuadra este diálogo (ca. 47 a.C.³). Asimismo, el método de análisis clásico por el que hemos optado nos brinda a cada paso la oportunidad de observar cómo se caracteriza a los tres personajes del diálogo (Cicerón, Bruto y Ático), y el grado de “manipulación” que entraña el hecho de que el arpinate se sirva de sus interlocutores como narradores secundarios para no quebrantar los principios programáticos por él mismo establecidos en la obra o hacer menos onerosa la alabanza propia.

En la narratología, como en la oratoria, casi todo es cuestión de tiempo. Cicerón nos lo recuerda a menudo en el *Brutus: nihil est simul et inventum et perfectum*⁴ (§71).

2. REFLEXIONES INICIALES. PRECEDENTES DE LA OBRA CICERONIANA

Si bien, como acabamos de sugerir, el tiempo es una categoría fundamental en cualquier narrativa, al leer el *Brutus* uno tiene la sensación de que Cicerón ha convertido este elemento en el eje vertebral de su relato⁵: como veremos a lo largo de nuestro estudio, no sólo se preocupa por dotar a su exposición de rigor cronológico, posicionando a cada orador en su época o generación y señalando explícitamente las alteraciones del orden, sino que convierte la cronología en argumento habitual de las manifestaciones programáticas vertidas a lo largo de la obra, en el objeto de eruditas disquisiciones intercaladas a modo de digresiones y, sobre todo en los pri-

3 Esta es la fecha “dramática” del *Brutus*, momento en que tuvo lugar la defensa de Deyótaro ante César por parte de Bruto (§21) y su designación como gobernador de la Galia Cisalpina (§171). Por otra parte, la palabra *domi* (§10) implica la vuelta de Cicerón a Roma, que tuvo lugar aproximadamente en esta época (*fam.* XIV.20).

4 Sigo la edición de E. Malcovati, Leipzig (*Bibliotheca Teubneriana*) 1970².

5 En palabras de A.E. Douglas, “Oratorum aetates”, *AJPh* 87 (1966) 291, “su interés por la cronología es casi obsesivo”.

meros cincuenta párrafos, en recurrente término de comparación entre dos mundos aún netamente diferenciados –al menos a efectos de medición del tiempo–: Grecia y Roma.

Comencemos por este último aspecto. Para organizar el tiempo de una narración, primero hay que saber cómo se concibe y cómo se mide en la civilización o sociedad en la que se encuadra (en este caso, la romana). Gracias a la facilidad de las comunicaciones a finales del siglo XX y a comienzos del XXI, muchos de nosotros hemos tenido la experiencia de pasar de un país a otro, o incluso de un continente a otro, sin mayores dificultades, simplemente adelantando o retrasando nuestro reloj de pulsera conforme a las diferencias entre los husos horarios. Ello nos hace ver que nos movemos en un sistema cronológico de validez –al menos aparentemente– universal. Del mismo modo, el historiador moderno maneja las coordenadas “antes de Cristo” (a.C.) y “después de Cristo” (d.C.) –o, de manera más neutra, antes y después de “nuestra era” o de la “era común”– con gran naturalidad, aplicándolas a pueblos pretéritos que las desconocían y que se regían por sistemas muy diferentes al nuestro y diferentes entre sí, lo que Johannes Fabian denominó “alocronías”⁶.

Pero sin duda lo más trascendente es que griegos y romanos no conocían un sistema de datación *numérico*, es decir, no trabajaban con números, sino relacionando hechos y sucesos. Es significativo que en griego y en latín no haya palabra para “fecha”⁷. Los romanos marcaban el año con los nombres de los dos cónsules, no con un número. Así, en *Brutus* §61, Cicerón no ofrece directamente una fecha para la muerte de Catón (149), sino que nos dice que murió bajo el consulado de Lucio Marcio y Manio Manilio. De manera similar, las Olimpiadas griegas no son fechas, sino acontecimientos –en este caso deportivos y culturales–.

Por tanto, los antiguos concebían el tiempo pasado como una serie de relaciones entre hechos, personas y lugares (sincronismos),

6 1983. Citado en D. FEENEY, *Caesar's Calendar. Ancient Time and the Beginnings of History*, Berkeley and Los Angeles (University of California Press), 2007, 1. “Diferentes partes del mundo pueden ocupar diferentes dimensiones del tiempo”. En la cultura occidental se tiende a olvidar que existen calendarios distintos al nuestro, como el judío o el islámico.

7 Así lo indica D. FEENEY, *o.c.*, 15. En latín, para referirse a la fecha de una carta, por ejemplo, se utiliza *dies*; para un suceso, *tempus*. En griego, el término empleado sería καιρός.

es decir, un tiempo “relativo” que variaba de ciudad en ciudad. A diferencia de nuestro sistema de datación numérico, universalmente aceptado y que nos proporciona la cómoda sensación de que el tiempo es “absoluto”, el tiempo grecorromano dependía de la focalización, esto es, del sujeto que enunciaba la afirmación cronológica. Para un griego o un romano que se moviera entre varias ciudades-estado era fácil perder la orientación temporal. A su vez, el historiador que estudiara el pasado de más de una comunidad tendría que elaborar columnas de acontecimientos para poder establecer paralelos sincrónicos.

En época de Cicerón asistimos a los primeros resultados del esfuerzo que realizaron los intelectuales por dotar a Roma de un sistema coherente que integrara los esquemas temporales griegos (tarea indispensable desde el momento en que se inició la expansión romana por el Mediterráneo y que tenía como precedente los intentos del mundo helénico por acomodar a los romanos⁸). En su *Chronica*, anterior al 54 a.C., Cornelio Nepote sincronizó acontecimientos y personajes de la historia griega y romana, poniendo por ejemplo en la misma línea al poeta griego Arquíloco y al rey romano Tulo Hostilio⁹. Así lo recoge Aulo Gelio en *Noctes Atticae* 17.21.8: *Archilochum autem Nepos Cornelius tradit Tullo Hostilio Romae regnante iam tunc fuisse poematis clarum et nobilem*.

Unos años después, a finales del 47 a.C., y quizás en oposición a la *Chronica nepotiana*¹⁰, publicó Ático su *Liber Annalis*, obra en la que establecía un correlato entre los cónsules romanos y los arcontes de Atenas, continuando la estela del ateniense Apolodoro. Aquí el tiempo romano aparece unificado como el tiempo de una sola ciudad, pero no así el griego, que se focaliza como exclusivamente ateniense (y no espartano o argivo).

En *Brutus* §13-15, Cicerón reconoce expresamente su deuda con el *Liber Annalis* de Ático. Bruto alude al carácter universal y a la brevedad de la obra (*omnem rerum memoriam breviter... complexus*

8 E. Gruen recuerda que resulta imposible saber qué fue iniciativa de los griegos y qué iniciativa de los Romanos. El proyecto de sincronización fue un trabajo de colaboración. Citado en D. FEENEY, *o.c.*, 5.

9 Un punto de referencia fijo para Nepote era la fundación de la ciudad de Roma, que había sido asignada por Polibio al segundo año de la séptima Olimpiada.

10 Así lo sostiene L. ALFONSI, “Nepote fonte di Cicerone?”, *Rheinisches Museum* 93 (1949), 61.

est), y Cicerón subraya la utilidad que supone disponer de una historia ordenada con un criterio cronológico y además de fácil consulta, pues se podía contrastar cualquier acontecimiento con un simple vistazo (*eam utilitatem quam requirebam, ut explicatis ordinibus temporum uno in conspectu omnia viderem*). Habinek sugiere que el libro de Ático era probablemente más condensado y tenía una mejor disposición física que la *Chronica* de Nepote¹¹. Feeney va más allá y alude a la posibilidad de que el libro de Ático estuviera organizado en columnas paralelas¹², con los sucesos griegos a un lado y los romanos a otros:

Uno se puede imaginar a Cicerón escudriñando el libro en busca de información sobre la cultura literaria: en la parte griega, Arquíloco– en la parte romana... vacío; en la parte griega, Demóstenes– en la parte romana... Y así sucesivamente hasta el 240 a.C., cuando por fin hay una entrada literaria en la columna romana, por primera vez, cuando se representa una tragedia en Roma, más de 160 años después de la muerte de Sófocles y Eurípides. (...) Esto ayudaría a explicar el impacto que tuvo el libro sobre alguien que ya estaba bastante familiarizado con los estudios sincronísticos, en la forma de la *Chronica* nepotiana.

En efecto, aunque Cicerón sólo habla explícitamente de la obra de su amigo, se puede detectar el influjo de Nepote en algunos pasajes, como sería el parangón entre Temístocles y Coriolano (§42). Según Alfonsi¹³, Ático sólo hablaba de Coriolano, por lo que Cicerón pudo tomar la comparación de Nepote. Además del sincronismo al que se refiere el arpinate (*bellum Volscorum illud gravissimum, cui Coriolanus exsul interfuit, eodem fere tempore quo Persarum bellum fuit*), se establece una *synkrisis* directa entre los dos personajes (*similisque fortuna clarorum virorum*), inaugurándose así en el *Brutus* la serie de *similitudines* entre griegos y romanos. Y es que, aparte de la cronografía sincronística, en la que se aplica el procedimiento

11 T.N. HABINEK, *The Politics of Latin Literature: Writing, Identity, and Empire in Ancient Rome*, Princeton (University Press) 1998, 95.

12 FEENEY *o.c.*, 28, sugiere que, de ser así, el libro de Ático sería la primera obra sincronística con tal disposición en columnas, aunque el verdadero mérito –testimoniado– recae sobre Eusebio de Cesarea.

13 *O.c.*, 63.

del símil a la historia¹⁴, también existe una biografía sincrística, en la que se compara la trayectoria de dos personajes. Como no podía ser de otra forma, Cicerón, al igual que Nepote, se ve inmerso en ese proceso más amplio de comparación entre Grecia y Roma que se ha denominado “helenización romana” y, como tendremos ocasión de ver, en el *Brutus* recurrirá con profusión al cotejo entre los dos mundos.

Finalmente, hay que mencionar que la obra canónica de cronografía romana, *De Gente Populi Romani* de Varrón, seguramente no influyó en el *Brutus*, ya que su fecha estimada es el 43 a.C., año de la muerte de Cicerón. De todos modos, Douglas¹⁵ no descarta estudios cronológicos previos por parte de Varrón que sirvieran de inspiración a Cicerón.

Sincronismos en el *Brutus*

Las comparaciones temporales entre Grecia y Roma en el *Brutus* se concentran en los primeros cincuenta párrafos, pues es aquí donde Cicerón pasa revista a los principales exponentes de la elocuencia griega. Uno de estos sincronismos ya se ha mencionado, el que aparece en §41 entre las guerras médicas y las guerras contra los volscos (siglo V a.C.). Un párrafo antes, en §40, Cicerón introduce dos términos *ante quem* para encuadrar la incierta época en que vivió Homero. Uno de ellos es romano, Rómulo, y otro griego, Licurgo: *cuius etsi incerta sunt tempora, tamen annis multis fuit ante Romulum; si quidem non infra superiorem Lycurgum fuit, a quo est disciplina Lacedaemoniorum astricta legibus*. La finalidad de estos dos sincronismos es clara: proporcionar al receptor romano un anclaje para situar los eventos y personajes griegos.

Ahora bien, hay otros tres paralelos que apuntan en una dirección distinta y bien definida: la elocuencia no se desarrolló y perfeccionó tardíamente sólo en Roma, sino que Grecia experimentó el mismo retraso. En §39 se nos dice que los primeros oradores griegos, Solón y Pisístrato, parecen antiguos a los romanos, pero que ateniéndose a la historia de Atenas (misma focalización que eligió

14 Cf. FEENEY, *o.c.*, 24.

15 *O.c.*, 291.

Ático, inevitable, por otra parte¹⁶) deben ser considerados jóvenes. Y Cicerón explicita por qué: *nam etsi Servio Tullio regnante viguerunt, tamen multo diutius Athenae iam erant, quam est Roma ad hodiernum diem*. Exactamente el mismo argumento se esgrime sobre Temístocles en §41: *ut apud nos, perantiquus, ut apud Athenienses, non ita sane vetus*. Y en §49, donde Cicerón pretende ir cerrando el resumen dedicado a la oratoria griega, afirma concluyentemente: *Et Graeciae quidem oratorum partus atque fontis vides, ad nostrorum annalium rationem veteres, ad ipsorum sane recentes*¹⁷.

Estos tres ejemplos demuestran que Cicerón desea establecer un paralelismo de igualdad entre Grecia y Roma, igualdad refrenada por otros pasajes que abundan en la misma idea. En cualquier sociedad, la elocuencia no se desarrolla en los albores de la misma (§27), ni en situación de guerra, ni bajo la dominación de los reyes (§45) –por si fuera poco, Cicerón aporta una prueba más, esta vez siciliana, con la aparición de Córax y Tisias tras la abolición de la tiranía (§46)–. Por otro lado, la elocuencia se inventa y se perfecciona con posterioridad a las demás artes (§26 y §49).

Feeny¹⁸ cree percibir un ligero cambio en cómo maneja Cicerón los sincronismos en el *Brutus*, respecto a cómo lo hacía en sus diálogos anteriores, *De oratore* (55 a.C.) y *De Republica* (51 a.C.). Mientras que antes siempre primaban los sincronismos que buscaban destacar la “igualdad” entre Grecia y Roma, ahora Cicerón parece estar más interesado en la “desigualdad” (lo que él denomina en inglés *from “like” to “unlike”*). Así pues, como se desprende de los ejemplos ya tratados, un mismo personaje puede parecer antiguo a los romanos, pero joven a los griegos. Puede ser que Feeny se fije en la aguda sensibilidad que ha desarrollado Cicerón hacia la alocronía griega, pero creo que su fin último sigue siendo poner de relieve la

16 En varios pasajes del *Brutus* (§26, §39, §49, §50), Cicerón subraya que, en temas de elocuencia, hablar de Grecia equivale a hablar de Atenas. Es en los dos últimos donde queda más claro. §49: *hoc autem studium non erat commune Graeciae, sed proprium Athenarum*. Y §50, donde sigue con la explicación: *Quis enim aut Argivum oratorem aut Corinthium aut Thebanum scit fuisse temporibus illis?*

17 Nótese la conciencia ciceroniana respecto a la otredad de la perspectiva griega: *nos – ipsi*. Se alude también al carácter analítico de la historiografía romana, basado en las listas anuales de cónsules.

18 *O.c.* 25 y ss.

igualdad: el desarrollo de la elocuencia ha sido paralelo en las dos sociedades (duro, difícil y tardío)¹⁹.

De no ser así, Cicerón no habría justificado el “retraso” romano con el ejemplo griego. Igualmente, cuando por fin llega a hablar de los que él considera los supremos oradores romanos, Antonio y Craso, hace hincapié en la gran cantidad de oradores menos perfectos que necesariamente los precedieron, del mismo modo que sucedió con Demóstenes e Hipérides: *Quam multi enim iam oratores commemorati sunt et quam diu in eorum enumeratione versamur, cum tamen spisse atque vix, ut dudum ad Demosthenen et Hyperiden, sic nunc ad Antonium Crassumque pervenimus* (§138). El deseo de equipararse a Grecia es tal que ni siquiera se pretende ocultarlo, como vemos en el mismo párrafo: *nam ego sic existimo, hos oratores fuisse maximos et in his primum cum Graecorum gloria Latine dicendi copiam aequatam*. Y ya hacia el final de la obra (§254), Bruto magnifica la aportación de Cicerón como aquella que definitivamente les permitió librarse del complejo de inferioridad cultural²⁰: *quo enim uno vincebamus a victa Graecia, id aut ereptum illis est aut certe nobis cum illis communicatum*. Bruto está eufórico y cree que Cicerón le ha arrebatado esta provincia a Grecia, aunque *in decrescendo* admite que es quizás un bien común.

Pese al considerable espacio que hemos dedicado a los sincronismos interculturales, no debemos olvidarnos de que este mecanismo funciona también de manera interna, es decir, acumulando eventos o personajes romanos para alcanzar una gran exactitud cronológica cuando así se requiere. Por ejemplo, el consulado de Marco Cornelio Cetego (§61), que nosotros fijaríamos simplemente con un número (204 a.C.), es conectado por Cicerón con la Segunda Guerra Púnica, con la cuestura de Marco Porcio Catón y con el

19 Feeny intenta demostrar su tesis argumentando que en §41 y ss. (el caso de Temístocles y Coriolano) Ático quiere reprimir “el uso y abuso del paralelismo y la sincronización” por parte de Cicerón, e interpreta esta comparación como un desliz de Cicerón y una vuelta a los sincronismos “a la vieja y errónea usanza”. Creo que la reprimenda recae más bien –irónicamente– sobre los que abusan de los recursos retóricos y patéticos en la historia. El sincronismo es impecable. En último caso, las objeciones deben referirse a la *sjnkrisis* entre los dos personajes.

20 Precisamente los sincronismos grecorromanos son una muestra de que Roma necesita imbricarse en los esquemas temporales griegos. En palabras de Feeny (*o.c.*, 25), “una cultura superior persuade a una inferior de que, para ser significativa, su pasado debe ser interdependiente con el suyo propio”.

propio consulado de Cicerón, que tuvo lugar ciento cuarenta años después (lapso de tiempo que, por cierto, al arpinate no le parece largo): *At hic Cethegus consul cum P. Tuditano fuit bello Punico secundo quaestorque his consulibus M. Cato modo plane annis cxi ante me consullem*. Otro ejemplo de precisión alquímica es la cronología de Craso (§161): se comparan sus magistraturas con las de Escévola, en las cuales fueron siempre colegas excepto en el tribunado, que Craso alcanzó un año antes que Escévola (107 y 106 respectivamente), y la censura, que Craso desempeñó sin Escévola; se establece la fecha de su discurso en favor de la ley Servilia, pronunciado en el consulado bajo el que nació Cicerón (106); se fija la fecha de nacimiento del propio Craso (consulado de Quinto Cepión y Gayo Lelio, 140), y se compara su edad con la de Cicerón (treinta y cuatro años mayor) y la de Antonio (tres años menor).

3. TIEMPO DE LA HISTORIA Y TIEMPO DEL DISCURSO. LAS CATEGORÍAS GENETTIANAS

Dentro de la categoría narrativa del tiempo, se establece una doble distinción –hoy generalmente admitida– entre “tiempo de la historia” y “tiempo del discurso”. La historia es el conjunto de acontecimientos que se cuentan y el análisis temporal de la misma no suele ser problemático: es el “tiempo matemático propiamente dicho, la sucesión cronológica de eventos susceptibles de ser dados con mayor o menor rigor”²¹. En el *Brutus*²², el tiempo de la historia abarcaría desde las primeras manifestaciones oratorias en época homérica²³ (convencionalmente siglo VIII a.C.), hasta la época de Cicerón, con la muerte de Hortensio (50 a.C.) y, más concretamente, la de algunos de los combatientes en la batalla de Thapsos

21 C. REIS y A.C.M. LOPES, *Diccionario de Narratología* (trad. Ángel Marcos de Dios), Salamanca (Ediciones Almar) 2002², 240.

22 Nos referimos en este capítulo –a menos que se indique lo contrario– a la narración secundaria que hace Cicerón dentro del diálogo (a partir de §25), es decir, a la exposición de la historia de la elocuencia propiamente dicha.

23 En §40, Cicerón nos recuerda que Ulises y Néstor fueron presentados en los poemas homéricos como oradores de estilos contrapuestos, vigoroso el uno y suave el otro (*vis-suavitas*), y que el propio Homero presenta un estilo florido y casi propio de un orador.

(6 de abril del 46 a.C.): uno de ellos es Manlio Torcuato, mencionado como ya fallecido en §265²⁴.

Por su parte, el tiempo del discurso²⁵ es la “consecuencia de la representación narrativa del tiempo de la historia”²⁶, es decir, su codificación textual (oral o escrita) a través de una serie de signos temporales. Una forma coherente y sistemática de analizar el tiempo del discurso es seguir la propuesta de Genette²⁷, que comprende tres áreas bien delimitadas: orden, velocidad y frecuencia.

Según Genette²⁸, si se quiere comprender la génesis de un discurso no ficticio (como es la historia de la elocuencia en el *Brutus*, aunque nunca exista una “no ficción” pura), se debe considerar además la tríada *historia/narración/discurso*²⁹, por ese orden: la *historia* son los acontecimientos desarrollados; la *narración*, el acto narrativo del narrador; y el *discurso*, el producto de esa acción, susceptible de sobrevivir como texto escrito, recuerdo humano, etc. Sólo esa permanencia autoriza a considerar el discurso como posterior a la narración: en su primera aparición, oral o incluso escrita, es per-

24 A.E. Douglas, en su introducción al comentario del *Brutus*, Oxford (Clarendon Press) 1966, IX y ss., alude a los problemas para conocer con exactitud la fecha en que se terminó la composición de la obra. Generalmente se cree que se concluyó antes de que las noticias de la muerte de Catón llegaran a Roma, hacia finales de abril del 46. De hecho, en §118 se alude a él como todavía vivo. Sin embargo, la mención de Manlio Torcuato, que fue asesinado en Thapsos, como ya fallecido, y la descripción en §268 de Publio Léntulo Espínter como si también estuviera muerto (probablemente pereció después de la batalla), han llevado a pensar en diversas posibilidades. Barwick [citado por Douglas, *id.*] sugiere una revisión o una segunda edición del *Brutus*, en la que se introdujeron algunos cambios. Douglas admite la posibilidad de que las noticias de Thapsos y sus consecuencias llegaran a Roma cuando Cicerón ya había escrito gran parte de su diálogo, pero no todo, lo que le llevó a incluir a oradores ya muertos sin alterar el relato de Catón. Kytzler [en la introducción a su comentario, München (Heimeran Verlag) 1970, 274] considera que no es necesario pensar en una segunda edición, teniendo en cuenta las dificultades de la transmisión de noticias en la Antigüedad: la información se podía difundir a ritmos muy diferentes, y las noticias sobre fallecimientos de personas igualmente alejadas de Roma podían conocerse en fechas muy distintas.

25 Benveniste propone el binomio *historia/discurso* (terminología extendida en las obras de referencia). Genette prefiere los términos *historia/relato, récit* en francés. Cf. su discusión en *Nuevo discurso del relato* (trad. Marisa Rodríguez Tapia), Madrid (Cátedra) 1998, 12 y ss. Los alemanes, a su vez, hablan de *erzählte Zeit* (tiempo de la historia) y *Erzählzeit* (tiempo del discurso).

26 C. Reis, *o.c.*, 241.

27 G. Genette, *Figures III*, Paris (Éditions du Seuil) 1972, 77.

28 G. Genette, *o.c.* 1998, 13.

29 Por razones de claridad, sustituyo directamente “relato” por “discurso”. Cf. nota 25.

fectamente simultáneo. Cuando Ático y Bruto visitaron en su casa a Cicerón (y aquí está el elemento de ficción, aunque una situación “parecida” pudo en efecto tener lugar) entablaron una conversación en la que la narración (el hecho de contar) era perfectamente simultánea con el discurso (el producto oral resultante). En cambio, a nosotros nos ha llegado la versión escrita, que irremediablemente es posterior a la narración; es un discurso ya pronunciado, y así nos lo hace saber Cicerón en su marco predialógico (en pasado): *Nam cum inambularem in xysto et essem otiosus domi, M. ad me Brutus, ut consueverat, cum T. Pomponio venerat...* (§10).

Pero procedamos ya a examinar cómo se imbrican el tiempo de la historia y el tiempo del discurso en el *Brutus*.

A. El orden

Siguiendo la definición del consagrado narratólogo³⁰, “estudiar el orden temporal de una narrativa es confrontar el orden de disposición de los eventos o segmentos temporales en el discurso narrativo con el orden de sucesión de esos mismos eventos o segmentos temporales en la historia”. A priori se suele considerar que las obras de corte historiográfico (y nada impide ver en el *Brutus* una historia crítica de la oratoria) tienden a presentar los acontecimientos siguiendo un escrupuloso orden cronológico. Aparte del mayor rigor científico que exige este tipo de relato (frente a uno de ficción), la disposición de los eventos de acuerdo con su orden “natural” es más compatible con ideas de progresión³¹ o visiones evolutivas, como de hecho ocurre en el *Brutus*. La idea de un desarrollo paulatino de las artes y, en particular, de la oratoria, es enfatizada a lo largo de la obra (sentenciosamente en §71: *nihil est enim simul et inventum et perfectum*), y es muy frecuente encontrar expresiones del tipo *ut temporibus illis*, que tienen por objeto valorar diacrónicamente los méritos de un determinado orador³², algo que no sería

30 O.c. 1972, 78-79.

31 M. Sternberg, citado en C. REIS, o.c., 194.

32 G. Misch señala que “aquí el juicio crítico, de ser dogmático, pasa por primera vez a ser histórico, teniendo en consideración la noción de tiempo para formar el juicio”. Citado en KYTZLER, o.c., 270.

factible de no existir una clara visión de progreso. El caso más conspicuo es el de Catón, pero existen otros³³.

Un primer acercamiento, que suele funcionar, consiste en dejarnos llevar de la mano del narrador y ver qué aserciones efectúa, en el plano de la pragmática narrativa, para que el narratario y, en este caso, nosotros, descodifiquemos correctamente la ordenación temporal que lleva a cabo. En primer lugar, vemos que se habla de un orden establecido (*institutum ordinem*, §158), que el narrador afirma seguir (*ordinem sequens...*, §244). E irremediamente nos topamos con un genitivo plural que complementa a *ordo: aetatum ordo* (§223 y §232). Parece que el concepto clave es *aetas*. Y así nos lo confirman las demás notas programáticas. En §74, Cicerón confiesa haberse dejado llevar por la pasión cronológica de Ático y la define como *studio inlustrium hominum aetates et tempora persequendi*; acto seguido (§75), Bruto declara sentirse deleitado por esta “precisión cronológica” (*notatione temporum*) y redefine “con sus palabras” el propósito de Cicerón: *oratorum genera distinguere aetatibus*. Después de alguna que otra digresión (como la que comienza en §118 sobre las relaciones entre retórica y filosofía), Cicerón teme que hayamos olvidado el objetivo inicial de su diálogo, y en §122 nos lo recuerda: *Nunc reliquorum oratorum aetates, si placet, et gradus persequamur*.

Es momento de echar un vistazo al *Oxford Latin Dictionary*. Parece que las definiciones que estamos buscando son la 3 y la 8, donde aparece justamente como primer testimonio el *Brutus* de Cicerón:

3 (concr.) A person or persons of a particular age or period of life, an age group.

8. The time or period to which a person or thing belongs, an era, age, the duration of this as a unit of time, a generation. b (considered chronologically or in relation to other eras) date. c (concr.) the people of a particular era or age, a generation. *oratorum genera distinguere ~atibus* Cic. *Brut.* 74

33 El ejemplo de Catón aparece en §61 y ss. En §68 Cicerón lo ensalza teniendo en cuenta la época en que vivió (*ita enim tum loquebantur*), e incluso Ático, pese a criticar la “exageración” de Cicerón, reconoce en §294: *orationes autem eius ut illis temporibus valde laudo*. Otros ejemplos son: §27. *quamquam opinio est et eum, qui multis annis ante hos fuerit, Pisistratum et paulo seniore etiam Solonem posteaque Clithenem multum, ut temporibus illis, valuisse dicendo*. §102. *L. Coelii Antipater scriptor, quemadmodum videtis, fuit ut temporibus illis luculentus, iuris valde peritus, multorum etiam, ut L. Crassi, magister*.

Sin duda, el concepto de “generación” es el que encaja en todos los contextos. Así lo indica también la última nota narrativa del *Brutus*, en §333: *Nonne cernimus vix singulis aetatibus binos oratores laudabilis constitisse?* Aquí Cicerón desvela, a posteriori y sin ambages, uno de sus principios organizativos: la ordenación en torno a la pareja de oradores más destacados de cada generación, que incluso llega a darle nombre (*Cottae et Sulpici aetas*, §301). Lo mismo sucede con los Graco y con Antonio y Craso. Ese *vix* de §333 sugiere que en algunas generaciones Cicerón ni siquiera destaca a dos brillantes oradores, sino sólo a uno, que en ese caso designa por sí solo a la generación: así ocurre con las generaciones de Catón, Galba, Hortensio (*aetas Hortensi* §228), la suya propia (*mea aetas*, §230³⁴) y la de Bruto (*tua aetas*, §230). Así pues, cualquier intento de análisis cronológico del *Brutus* pasa necesariamente por la división en *aetates*, aunque se pueden distinguir más o menos. Sumner es más exhaustivo que, por ejemplo, Martha y Manuel Mañas³⁵, y detecta las siguientes generaciones en la obra:

§61-81 y ss.	<i>aetas</i> de Catón (nac. 234)
§81-93	<i>aetas</i> de Galba (nac. ca. 191)
§94-95	<i>aetas</i> de Lépido (nac. ca. 180)
§96-126	<i>aetas</i> o <i>aetates</i> de Carbón y los Graco (nac. ca. 163 y 154)
§127-138	<i>aetas</i> a la que perteneció Quinto Cátulo (nac. ca. 149)
§139-172	<i>aetas</i> de Antonio y Craso (nac. 143 y 140)
§173-182	<i>aetas</i> de César Estrabón (nac. ca. 131 o 127)
§182-227	<i>aetas</i> de Cota y Sulpicio (nac. 124 y 124/3)
§228-239	<i>aetas</i> de Hortensio (nac. 114)
§239-269	<i>aetas</i> de Cicerón (nac. 106)
§269-280	<i>aetas</i> de Bruto (nac. ca. 85)

Si observamos la distancia entre las fechas de nacimiento de los oradores que dan nombre a cada generación, se descubre que

34 Sin embargo, G.V. SUMNER, *The Orators in Cicero's Brutus: Prosopography and Chronology*, Toronto (University of Toronto Press) 1973, 153 indica que Cicerón es “demasiado modesto” para anunciarla como tal.

35 Manuel Mañas, en la introducción a su traducción [Madrid (Alianza) 2000, 55 y ss.], ofrece una clasificación –tomada de la edición de Martha– con solo seis generaciones, dentro de las cuales incorpora las de Lépido, Quinto Cátulo, César Estrabón, Cicerón y Bruto. En adelante sigo la clasificación de Sumner, *o.c.*, 153.

el concepto de *aetas* es muy variable. Así lo explica Sumner³⁶: “en algunos casos hay el lapso de una generación (Catón-Galba, Lépido-Carbón, Cicerón-Bruto); en otros se trata escasamente de media generación; y finalmente en otros los intervalos son tan reducidos que casi se puede pensar en las generaciones académicas (en las que los profesores son sólo unos años mayores que los estudiantes bajo su tutela)”. Así, por ejemplo, en §307 Cicerón habla de Quinto Cátulo, Marco Antonio y Gayo Julio César Estrabón, todos nacidos entre *ca.* 150 y *ca.* 130, como pertenecientes a tres generaciones diferentes (*trium aetatum oratores*).

Otro concepto de gran relevancia es el de *aequalitas*. En muchos puntos el narrador nos presenta a dos o más personajes como *aequales*, es decir, “de la misma edad”. Así, en §177 Cicerón introduce a Gayo Julio César Estrabón, y en el párrafo siguiente nos dice que Publio Cetego era *eius aequalis* (se duda si nacieron en el 131 ó en el 127³⁷). En §233, al presentar a Marco Craso, nos indica que *fuit aequalis Hortensi* (nacieron en el 114). Y el propio Cicerón se considera *aequalis* de Pompeyo (*meus autem aequalis Cn. Pompeius*, §139) y de Décimo Silano (*noster item aequalis D. Silanus*, §240). En §156, Bruto asegura que Cicerón y Servio Sulpicio Rufo se asemejan por su *aequalitas* y por haber alcanzado iguales honores políticos. Douglas³⁸ asume que *aequales* significa “nacidos en el mismo año”, pero, como indica Sumner³⁹, hay pruebas de que Silano nació un año antes (107 y no 106, como Cicerón). Y el propio Bruto había dudado en §150 de si la *aequalitas* de Sulpicio y Cicerón era exacta (*aetatesque vestrae... nihil aut non fere multum differunt*). En efecto, la carrera de Sulpicio parece indicar que era un año más joven que Cicerón, porque alcanzó las magistraturas un año más tarde. Por tanto, cuando se utiliza este término, parece oportuno contar con el margen de un año⁴⁰. Otras veces es el propio Cicerón quien deja claro el carácter aproximativo de la *aequalitas*, como en §96 (*prope aequales C. Carbo et Ti. Gracchus* –el primero nació en el 163; el segundo, ese mismo

36 *O.c.*, 154.

37 *Id.*, 21.

38 *O.c.* 1966 A, 295. Se basa en el ejemplo de Craso y Escévola (*ca.* 140).

39 *O.c.*, 154. La fecha de nacimiento de Silano se calcula por el año en que fue candidato al consulado, el 64 (*Cic. Att.* 1.1.2), teniendo en consideración la edad mínima establecida por las *Leges Annalis*.

40 No dos, porque Cicerón lo indica entonces expresamente, como en §240 sobre Quinto Pompeyo Bitínico: *biennio quam nos fortasse maior*.

año o a comienzos del 162-); o §182, donde se alude a la escasa diferencia de edad entre las generaciones de César Estrabón, por una parte, y la de Cota y Sulpicio por otra (*isdem fere temporibus aetate inferiores paullo quam Iulius, sed aequales propemodum fuerunt C. Cotta P. Sulpicius...*).

Pero todavía hay una pista si cabe más importante que nos revela al detalle la manera de proceder de Cicerón. En §230, tras hablar sobre la larga vida y carrera de Hortensio, declara: *id quidem omnibus usu venire necesse fuit, quibus paulo longior vita contigit, ut et cum multo maioribus natu, quam essent ipsi, et cum aliquanto minoribus compararentur*. Aquí también hay una referencia a las fechas de nacimiento (*maiores – minores natu*), que servirán para ordenar a los oradores dentro de cada generación, y el verbo *comparare* nos remite a la comparación entre personajes, al recurso de la *sýnkrisis* que domina toda la obra. Este procedimiento –nos dice Cicerón– se presta particularmente en el caso de oradores longevos, como el propio Hortensio y Catón el Censor. Lo mismo le ocurrió a oradores menos conocidos como Lucio Gelio (§174), de quien se afirma: *ita diu vixit ut multarum aetatum oratoribus implicaretur*.

La primera *aetas* propiamente dicha es precisamente la de Catón, pues antes Cicerón nos ha hablado de políticos con dotes oratorias y del primer verdadero orador romano, Marco Cornelio Cetego. Catón fue cónsul nueve años después que él (§61). Nos interesa ahora ver cómo se distribuyen los oradores dentro de la generación de Catón. Después de tratar la figura del tusculano a través de una sín crisis múltiple (§62-66) y valorarlo de acuerdo con un criterio diacrónico (que da pie a una digresión, §70-71), llegamos en §77 a los contemporáneos mayores que Catón (*hoc Catone grandiores natu fuerunt C. Flaminius C. Varro...*). En §78 Cicerón nos indica que hay otro orador dentro del mismo grupo (*numeroque eodem fuit Sex. Aelius...*), pero acto seguido pasa a enumerar a los contemporáneos más jóvenes⁴¹ (*de minoribus autem C. Sulpicius Galus...*); en §79 la marca temporal nos sitúa aún en el mismo grupo (*erat isdem temporibus Ti. Gracchus P. f...*). En §80 trata de oradores aún más jóvenes, que florecieron cuando todavía estaba vivo Catón⁴² (*vivo Catone minores natu multi uno tempore oratores floruerunt*). Dentro de

41 Cónsules entre 182 y 153 a.C.

42 Cónsules a partir del 151 a.C. y algunos que no alcanzaron ese rango.

esta última franja, Servio Sulpicio Galba y Marco Emilio Lépido Porcina dan nombre a su vez a sendas *aetates*. Como señala Douglas⁴³ y se desprende de un vistazo a la lista de oradores elaborada por Sumner⁴⁴, la organización dentro de los subgrupos no se rige por un criterio cronológico, sino más bien por asociación (por ejemplo, los oradores citados en §82, Lucio Cota, Publio Escipión Emiliano, Gayo Lelio y Servio Galba, reunidos por famosos casos). No obstante, encabezando claramente cada uno de los subgrupos con indicaciones temporales, Cicerón ha tomado las precauciones discursivas necesarias para que no nos perdamos en lo que, de no ser así, podría convertirse en una confusa maraña de oradores.

Otro ejemplo de compleja organización interna es la *aetas* de Carbón y los Graco. La generación comienza en §96 con la mención de Gayo Carbón y Tiberio Graco como oyentes de Marco Emilio Lépido, pero el narrador anuncia –nueva marca perlocutoria– que los tratará cuando haya hablado sobre los de mayor edad (*de quibus iam dicendi locus erit, cum de senioribus pauca dixero*). La sección se subdivide en dos grupos: una primera organizada en torno a Tiberio Graco y Carbón (§96-106), que culmina precisamente en estos dos oradores (los años de nacimiento⁴⁵ van desde el 184 de Quinto Pompeyo hasta el 163 de Tiberio Graco y Carbón); y una segunda en torno a Gayo Graco (§107-26), también en orden descendente, desde Décimo Junio Bruto (nacido en torno al 181) hasta Gayo Graco (154/3). Se observa que gran parte de los oradores mencionados en el grupo de Gayo Graco (el propio Décimo Bruto, nac. 181; Manio Manilio, nac. 195/4; o Marco Fulvio Flaco, nac. 168) son anteriores también a Tiberio Graco. Al abordar el grupo de Gayo Graco, Cicerón vuelve a remontarse a una época un poco anterior, pero no necesariamente posterior a Tiberio Graco. Así, oradores que desempeñaron sus consulados en una misma década (140), aparecen separados en dos grupos, según se vieran más involucrados en la carrera de Tiberio o Gayo Graco⁴⁶.

43 O.c. 1966 A, 292.

44 O.c., 11 y ss.

45 Sigo las fechas de nacimiento y *termini* ofrecidos por Sumner (o.c., 11 y ss.).

46 También en esta *aetas* de los Graco hay indicaciones temporales explícitas. En §99, la mención de los dos Gayo Fanio viene introducida por *horum aetatibus adiuncti* (es decir, que pertenecen al grupo de los coetáneos mayores que Tiberio Graco). También de Marco Peno (§109) se nos dice que superaba algo en edad a Gayo Graco (*paullum C. Gracchum aetate antecedens*).

A partir de la *aetas* de Marco Antonio y Lucio Licinio Craso (§127-166), se puede percibir una clasificación más acorde con la secuencia cronológica: los párrafos 127-137 cubren a oradores (consulares y no consulares) nacidos principalmente entre *ca.* 154 y *ca.* 144 a.C.; a su vez, los párrafos 138-166 hablan sólo de cónsules que nacieron entre 143 y *ca.* 136 a.C. Douglas⁴⁷ señala que, cuando aparecen cónsules y oradores que desempeñaron otras magistraturas, hay una ordenación de acuerdo con el rango. No obstante, en §127-137 vemos que no es así, sino que consulares y no consulares aparecen mezclados.

Por el contrario, en la *aetas* de César Estrabón (§173-180), que comprende a oradores nacidos principalmente entre *ca.* 136 y *ca.* 124 a.C., sí se detecta una subdivisión por rango. Desde §173 (con Lucio Filipo) hasta §176 (con Gneo Octavio) tenemos exclusivamente cónsules. En el siguiente subgrupo, que encabeza el propio César Estrabón (§177) y que se extiende hasta el §180, junto a los cónsules (César Estrabón, Ofela y Tito Aufidio) aparecen otros no consulares, que se concentran al final (Marco Virgilio, Publio Magio, Quinto Sertorio y Gayo Gargonio).

De todos modos, una ojeada a las *aetates* de Sulpicio y Cota y a la generación de Hortensio⁴⁸ nos demuestra que no se respeta la agrupación por rango. Tampoco las fechas de nacimiento se respetan rigurosamente, sino que a veces se intercalan oradores ligeramente anteriores o posteriores (estas fluctuaciones resultan evidentes al contemplar el registro de oradores elaborado por Sumner). Se puede concluir que, mientras que Cicerón respeta la sucesión cronológica de las grandes *aetates* entre sí, la subdivisión interna admite más libertad⁴⁹. Dentro de los distintos subgrupos que constituyen cada una de las *aetates* no se debe buscar un estricto orden temporal por fechas de nacimiento o por años de ostentación de las diferentes

47 *O.c.* 1966 A, 293.

48 En este breve esbozo no hay espacio para analizar la subdivisión interna de cada una de las *aetates*. Un esquema se puede encontrar en Sumner (*o.c.*, 151-154) y un análisis más minucioso en A.E. DOUGLAS, *o.c.* 1966 A.

49 Como indica Sumner (*o.c.*, 155 y ss.), Cicerón demuestra conocer con exactitud las fechas de nacimiento de Craso, Marco Antonio, Cota, Sulpicio y Hortensio, "pero esto apenas sorprende, porque son figuras destacadas y queridas para Cicerón. Más sorprendente sería que conociera las fechas exactas de todos los oradores menores y menos distinguidos que aparecen en este catálogo".

magistraturas (a partir de los cuales muchas veces hay que deducir las fechas de nacimiento⁵⁰). Cuadrar al milímetro la cronología de tan ingente cantidad de oradores como aparece en el *Brutus* sería realmente un trabajo de “astronomía precopernicana”⁵¹.

Si bien este procedimiento organizativo de Cicerón puede acarrear algunas desventajas (como la apuntada por Badian⁵², en el sentido de que no se podría fijar la cronología de muchos oradores que aparecen en el *Brutus* si no se contrasta con otras fuentes), también reporta considerables beneficios, en particular uno que –a mi juicio– es uno de los mayores logros estructurales de Cicerón en este diálogo: la capacidad de transmitirnos una sensación espacial, en la que predomina la pluridimensionalidad frente a la linealidad. En efecto, esta subdivisión en pequeños grupos nos sugiere una idea de pluralidad, reflejo de ese universo diegético poblado a la vez por gran número de oradores. Aunque normalmente se espera que el tiempo del discurso sea lineal, dado el ejercicio metonímico que se debe efectuar para representar de algún modo la pluralidad inherente a la historia⁵³, Cicerón logra magistralmente, a través del uso general de las *aetates* y las subsecciones dentro de ellas, mantener casi intacta la complejidad real de las interrelaciones personales aun respetando la idea de sucesión cronológica global. Se me ocurre que se podría representar así la articulación entre el eje lineal de

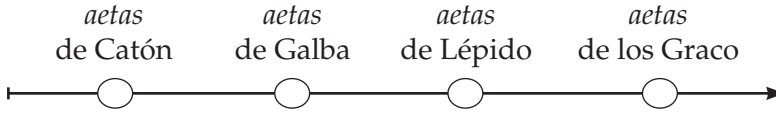
50 Las *Leges Annales* establecían la edad mínima para cada una de las magistraturas (y los romanos eran muy conscientes de ellas), por lo que una magistratura desempeñada *suo anno*, esto es, a la edad más temprana posible, permitía calcular la fecha de nacimiento. Así, muchas de las fechas de nacimiento que nos ofrecen las obras prosopográficas como la de Sumner no son seguras, sino aproximaciones basadas en la consideración del *cursus honorum* del personaje.

51 Así definió E. Badian (citado en Sumner, *o.c.*, 4) el artículo de A.E. DOUGLAS “The Legislation of Spurius Thorius”, *AJP* 77 (1956), en el que el autor –siguiendo la estela de D’Arms– decía “tomarse en serio” el propósito expresado por Cicerón de *oratorum genera distinguere aetatibus*. Badian argumentaba que, pese a existir un vago patrón cronológico que se mueve desde los orígenes hasta la propia época de Cicerón, es imposible –debido a las muchas “contracorrientes” existentes en el *Brutus*– fijar la cronología de un personaje o un acontecimiento que no esté atestiguado en otra parte. A su vez, Douglas replicó a Badian en *o.c.* 1966 A, sosteniendo que existe un claro marco cronológico, más preciso a medida que avanza la obra. En concreto, Douglas señala el pasaje en que aparece Espurio Torio (§136) como el límite a partir del cual se observa una firme secuencia cronológica basada en fechas de nacimiento y agrupación por rango (los consulares precediendo a los no consulares, aunque esto no siempre se cumple).

52 Citado en DOUGLAS, *o.c.* 1966 A, 290.

53 Cf. Reis, *o.c.*, 241.

la sucesión entre *aetates* y la pluralidad espacial sugerida por cada una de ellas:



Desde esta perspectiva, a la hora de analizar las **anacronías** –alteraciones del orden temporal introducidas por el narrador gracias a su capacidad de organizar el discurso–, es lícito hablar de anacronías de largo alcance⁵⁴ (aquellas que se proyectan, por ejemplo, fuera del marco de la *aetas* que se está tratando en cada caso o a una distancia de considerables años) y anacronías de corto alcance (aquellas a las que nos venimos refiriendo hasta ahora como pequeñas “fluctuaciones” o saltos dentro de un subgrupo y que no comprometen en ningún caso la coherencia cronológica de toda la obra).

Dentro de las anacronías, hay que distinguir los movimientos de anticipación (prolepsis) de los movimientos de retrospectiva (analepsis). Comencemos por las **prolepsis**. Normalmente, se suele considerar que la prolepsis ocurre con menos frecuencia que la analepsis, ya que el narrador, como es el caso en el *Brutus*, se coloca en una posición ulterior con relación a los eventos narrados y propende más a volver al pasado. Sin embargo, aunque la prolepsis se pueda considerar una “irregularidad estructural”⁵⁵ en cierto tipo de narrativas, no lo es tanto en aquellas cuyo narrador es autodiegético; Cicerón, en efecto, nos narra una historia en la que ha participado en gran medida como personaje central. La propia posición del narrador le autoriza a hacer alusiones al futuro y particularmente a la situación presente, de la que él mismo forma parte. También Bruto goza de similares prerrogativas, pues ha sido y es un testigo privilegiado de la historia, lo que le permite actuar de vez en cuando como narrador secundario homodiegético.

54 El “alcance” (designado por Genette como *portée*) corresponde a la distancia a que se proyectan la prolepsis o la analepsis, más allá o más acá del momento de la historia en que se encuentra la narrativa primera. *Ibid.*, 17.

55 *Ibid.*, 213.

Y, efectivamente, en las prolepsis de largo alcance vemos a Bruto en acción. Él pertenece a la generación más joven y Cicerón nos hace ver que está impaciente por llegar a su propia época. En la *aetas* de los Graco, cuando se halla enumerando a los oradores más próximos a Gayo Graco⁵⁶ (nac. 154/3), Cicerón menciona a varios estoicos próximos a él por edad⁵⁷: Marco Emilio Escauro (nac. 162/1); Rutilio Rufo (nac. 158); Lucio Fufidio⁵⁸; y Quinto Elio Tuberón⁵⁹, un poco mayor, pero no demasiado (nac. ca. 168), y cuya inclusión está justificada por la mención de los estoicos (*quoniam Stoicorum est facta mentio*, §117). Cicerón, aunque alaba la sutileza y tecnicidad de razonamiento de estos oradores, critica su aridez y pobreza elocutiva, ante lo cual Bruto aporta la excepción que confirma la regla: en Catón⁶⁰, un *perfectissimus Stoicus* (§118), no falta una sublime elocuencia. Cicerón no se ha olvidado de su propósito de no hablar de oradores vivos⁶¹, y así, al poner su mención en boca de Bruto, nos indica que aún lo cree vivo, o quiere dejarlo pasar como tal⁶². Nos topamos aquí con uno de los recursos narratológicos favoritos de Cicerón, consistente en servirse de Bruto como narrador secundario para describir a oradores todavía vivos o, como seguidamente veremos, hacer comparaciones “prohibidas” que implican a oradores del presente.

56 §107 en adelante.

57 Como recuerda Douglas (o.c. 1966 A, 293), la ordenación se realiza aquí por fechas de nacimiento y no por consulados. De haber tenido en cuenta los consulados, Rutilio (cónsul en 105) debería aparecer más adelante, junto a los cónsules de su década (§132 y ss.). Rutilio es lo que Douglas denomina un *slow mover*, pues alcanzó el consulado una década más tarde de lo que le correspondía por edad (muy próxima a la de Escauro). Lo mismo ocurre en el caso de Gayo Fimbria (§129), un *homo novus* que alcanzó el consulado más tarde (así nos lo hace saber Cicerón: *temporibus isdem fere sed longius aetate proventus*); con Lucio Gelio (§174), de quien nos hace indicaciones parecidas (*horum aetati prope coniunctus... ita diu vixit ut multarum aetatum oratoribus implicaretur*); o con Marco Pisón (§236), que, debido a la ordenación por edades, aparece con cónsules de finales de los 70 (él mismo fue cónsul en el 61). Douglas (o.c. 1966 A, 296) concluye que, en muchos casos, cuando Cicerón alude a la vejez de un orador, está indicando que obtuvo tarde las magistraturas. El caso contrario es el de Pompeyo (§239), un *rapid mover* que alcanzó pronto el consulado (en el año 70) y que, por tanto, aparece después de los cónsules de los 60.

58 Sumner no ofrece una cronología precisa sobre él.

59 Incluido en el apartado de analepsis.

60 La referencia es, por supuesto, a Catón de Útica (95-46).

61 Este principio programático se afirma con gran claridad en §231: *in hoc sermone nostro statui neminem eorum qui viverent nominare*.

62 Cf. la nota 24 sobre la diferente velocidad con que quizás llegaron a Roma las noticias sobre la guerra de África. Douglas (o.c. 1966 A, X) apunta la posibilidad de que Cicerón ya estuviera planeando el elogio independiente sobre Catón que publicó después.

Un poco más adelante, en la que es para Cicerón la época dorada de la oratoria romana, asistimos a una bella *sýnkrisis* múltiple (§143 y ss.) que empieza, como es lógico, con la comparación de las dos figuras más importantes, Antonio (nac. 143) y Craso (nac. 140). A continuación, Cicerón pasa a comparar a Craso con Escévola (nac. ca. 140), y de nuevo es Bruto quien se encarga de extrapolar la situación hacia una época posterior, la propia generación de Cicerón. Pero, para que encaje en el contexto, lo hace en forma de una nueva *sýnkrisis*, con cuatro términos de comparación (§150): las circunstancias de Craso y Escévola (siendo Craso el más docto en derecho de los oradores y Escévola el más elocuente de los juriconsultos) es equiparable a la de Cicerón y Servio Sulpicio Rufo (el primero ha aprendido tanto derecho civil cuanto es suficiente para un orador y el segundo ha adquirido la elocuencia necesaria para poder defender fácilmente el derecho civil); pero es que además –como señala Bruto– la última pareja, al igual que antes Craso y Escévola, comparte la misma edad (ambos nacieron en el 106). Como vemos, Bruto da un salto de 36 años, aunque podríamos pensar que es un alumno muy receptivo, pues apenas mediado el diálogo ya es capaz de realizar comparaciones con la habilidad del maestro. Ahora bien, en el siguiente párrafo (§151) Cicerón se deja ver un poco el juego: ya que Bruto ha mencionado a Sulpicio, añadirá su opinión (*ego dicam quod sentio*). Lo que quiere es comparar a Escévola con Sulpicio⁶³, pero, puesto que este último aún sigue vivo (murió en el 43), Bruto tiene que darle pie. No obstante, hechas las explicaciones pertinentes, Cicerón nos hace saber –con una de sus habituales marcas de articulación de las anacronías– que la prolepsis ha terminado: *pergamus ergo, inquam, ad reliqua et institutum ordinem persequamur* (§158).

Pero no siempre es Bruto el que se deja llevar por las comparaciones “hacia adelante”. Al final de la *aetas* de Marco Antonio y Craso (§183), Cicerón intercala una digresión sobre la coincidencia

63 Cicerón parece pasar por alto la comparación que ha hecho Bruto entre él y Servio Sulpicio, afirmando *de me... dicere nihil est necesse* (§151). Sin embargo, como señala J.P. Schwindt [“Der Literarhistoriker als Dramaturg: Ciceros Brutus”, en *Prolegomena zu einer “Phänomenologie” der römischen Literaturgeschichtsschreibung: Von den Anfängen bis Quintilian*, Göttingen (Vandenhoeck und Ruprecht) 2000,115], lo que aquí aparenta ser un gesto de modestia por parte de Cicerón responde en realidad a su deseo de no ser comparado con nadie: la oratoria de Cicerón es incomparable y, aunque está firmemente anclada en la tradición grecolatina, alcanza una altura hasta ahora desconocida.

entre la valoración que hacen entendidos y legos acerca de los oradores. La primera intuición del pueblo –nos dice– suele ser certera. Y nos pone dos ejemplos: uno, acorde con la generación que está tratando (Marco Antonio y Craso); otro, de una época posterior, la de Cota y Hortensio. Pero, una vez más, las marcas explícitas no dejan que nos perdamos: *apud patres nostros... Antonium... aut Crasum; adolescentibus nobis... Cotta et Hortensius* (§189). El “desliz” de Cicerón parece estar aquí justificado por el carácter más intemporal de las digresiones. Pero esto no es todo. ¿No estaría pensando Cicerón en sí mismo y en Hortensio? Y entonces Bruto se encarga de dar voz a esa idea: *quid tu, inquit, quaeris alios? de te ipso nonne quid optarent rei, quid ipse Hortensius iudicaret videbamus?* (§190).

En ocasiones, las prolepsis no parecen ni tan intencionadas ni tan rebuscadas, sino que surgen inevitablemente al hilo de otro personaje. Eso sí, Cicerón nunca deja de señalar el salto cronológico. Así, en §205, nos dice que Sulpicio Rufo no escribió sus discursos, sino que probablemente fue Publio Canucio (*aequalis meus* –de Cicerón–) quien lo hizo.

Otro ejemplo de prolepsis típica por asociación es la mención de un hijo cuando se acaba de hablar del padre. En §77, en el subgrupo de los contemporáneos mayores que Catón, se incluye al *superior Africanus*, Publio Cornelio Escipión Africano (nac. 236/5), de quien se dice que no careció de elocuencia (*accepimus non infantem fuisse*). Como tampoco careció de dotes oratorias –aunque sí de buena salud– su hijo, Publio Cornelio Escipión (nac. 216/5), el que adoptó al hijo de Emilio Paulo. Catón nació en el 234; por lo tanto, el hijo no pertenece al grupo de *hoc Catone grandiores natu*.

Un ejemplo idéntico de salto generacional lo encontramos en §95, donde se enumera a los oradores secundarios de época de Galba. Publio Popilio no fue *indisertus*, como tampoco su hijo Gayo. Lo mismo ocurre en §133, donde al hilo de Quinto Lutacio Cátulo (nac. 149) se describe a su hijo, Quinto Lutacio Cátulo (nac. ca. 120). Aquí interesa la razón de la inclusión: Bruto ha conocido al hijo, y por ello puede saber cómo era la agradable pronunciación del padre (recordemos que Cicerón dedica toda una digresión a la importancia del *usus domesticus*, comenzando en §210: *sed magni interest quos quisque audiat cotidie domi, quibuscum loquatur a puero, quem ad modum patres paedagogi matres etiam loquantur*).

Una variante de la prolepsis padre > hijo es el recuerdo de un discípulo cuando se ha descrito al maestro⁶⁴. Así, en §179, inmersos en la *aetas* de César Estrabón (nac. ca. 127), se habla de Tito Juvenicio⁶⁵, experto en derecho civil, mérito que también alcanzó su discípulo Publio Orbio (nac. ca. 106). Cicerón se encarga de señalar el salto a su propia generación con un *meus fere aequalis*.

Como hemos mencionado, son muchas las fluctuaciones hacia adelante y hacia atrás que se producen dentro de los subgrupos de cada *aetas*. Así y todo, dentro de las dislocaciones de menor alcance, hay algunas prolepsis más significativas dignas de mención. En la generación de Cota y Sulpicio, se dedica bastante atención a Escribonio Curión padre (cónsul en el 76 y nacido ca. 124/3). A la hora de describir su acción, se recurre al testimonio de un contemporáneo suyo bastante más joven, Gneo Sicinio (§216), nacido probablemente en torno al 109, pero que en el 76 coincidió con el cónsul Curión cuando era tribuno de la plebe (es, por tanto, una prolepsis sobradamente justificada). Cicerón no menciona nada acerca de la edad de Sicinio, aunque su tribunado da alguna idea. Por cierto que éste es uno de los pasajes más humorísticos de toda la obra: Sicinio nos cuenta que los movimientos espasmódicos de Curión sirvieron para “espantar las moscas” a su colega de consulado, Octavio, que se encontraba cubierto de vendas y ungüentos.

Ya en la generación de Cicerón, se menciona a un grupo de oradores que murieron como consecuencia de la guerra civil entre César y Pompeyo (§265-269). Las fechas de nacimiento predominantes van desde el 102 al 97. Sin embargo, Lucio Manlio Torcuato, que es el menor de todos los mencionados (nació ca. 90/89), encabeza la lista. Podríamos pensar que en este contexto quizás cabría guiar la ordenación por fechas de defunción. Tampoco es así: Torcuato murió en África en el 47, mientras que por ejemplo Bíbulo y Lucio Cornelio Léntulo perdieron la vida en el 48. En cualquier caso, es una prolepsis de corto alcance y su inclusión aquí está justificada por asociación. No obstante, algunos autores la consideran una adición posterior, basándose también en el anacoluto *reliqui*

64 Una asociación semejante, aunque suele implicar una prolepsis de menor alcance, consiste en mencionar pares de hermanos. En algunos casos, la diferencia de edad entre el mayor y el menor es significativa, como sucede en §94 con Lucio Mumio (nac. en 193) y Espurio Mumio (nac. ca. 181).

65 Sumner no nos da la cronología exacta.

*sunt, qui mortui sint, L. Torquatus*⁶⁶ (verbo plural y sustantivo en singular, fenómeno por otra parte muy normal en una enumeración). Según Douglas⁶⁷, si tenemos en cuenta que la “fecha dramática” del diálogo es anterior a la llegada de las noticias de Thapsos a Roma, “Torcuato no debería estar el *Brutus*”.

A diferencia del caso que acabamos de considerar, algunas anacronías tienen una motivación semántica que se desprende fácilmente del contexto. Ya nos hemos referido a la importancia que Cicerón concede a la lengua hablada en el seno familiar; así, Curión no tenía ninguna cultura literaria, pero su estilo no era malo debido al *usus domesticus* (§210). Comienza aquí una digresión que abarca hasta el §213. El objetivo no es otro que demostrar con más ejemplos concretos la tesis ciceroniana, que resultaría demasiado vaga sólo con la ilustración de Curión. Esta finalidad justifica la conjunción de analepsis y prolepsis que se observa en el pasaje. Por una parte se retrocede a la época de los Graco, exquisitamente educados gracias a los desvelos de su madre Cornelia. Por otra, Cicerón se remonta a dos gloriosos personajes, Gayo Lelio (cónsul en el 140) y Publio Escipión Nasica *Corculum* (cónsul en 162 y 155), cabezas de sendas familias que acabaron entrelazándose y que tienen entre sus miembros (naturales o políticos) a conspicuos oradores, como el gran Lucio Licinio Craso. No obstante, el movimiento comienza siendo proléptico, hacia la época de Cicerón y Bruto, pues se quieren incluir personajes a los que ellos han oído personalmente: Cicerón ha llegado a escuchar a Lelia, la hija de Gayo Lelio (de una lengua tan elegante como la de su padre), así como a las nietas y bisnietas de Lelio; Bruto sólo ha conocido a una de las bisnietas y a un tataranieto, su colega Quinto Metelo Escipión. Es entonces cuando Cicerón pasa revista a todos los antecedentes ilustres de Quinto Metelo, retrocediendo cinco generaciones: *patres* (padres), *avi* (abuelos), *proavi* (bisabuelos) y *abavi* (tatarabuelos). Bruto capta la lección: los vástagos de esta familia tienen razones de peso para ser elocuentes. Dos veces se repiten las palabras *stirps* y *genus*, y dos veces se las hace sinónimas de *sapientia*.

Otro ejemplo que nos puede servir de gozne antes de pasar a tratar de modo aislado las analepsis es el grupo denominado por

66 Douglas, *o.c.*, 1966 B, 193.

67 *O.c.*, 1966 A, 300.

Kytzler *die aufrührerischen Redner*⁶⁸ (§223-225), es decir, los “agitadores” o “bulliciosos”, apropiados para las turbulentas asambleas populares (*aptissimos turbulentis contionibus*). Aquí encontramos una serie de personajes reunidos por asociación, intercalados cuando Cicerón se halla tratando a los oradores que ejercieron entre los años 90 y 80. En este caso también se conjuga primero un movimiento proléptico y luego otro analéptico, pero con las indicaciones oportunas por parte del narrador. En §223, Cicerón nos anuncia que ahora va a seguir un criterio genérico, y no cronológico: *quo in genere, ut in his perturbem aetatum ordinem...* A continuación el adverbio *nuper* (“hace poco”, “recientemente”) nos acerca más al presente. En efecto, menciona a Lucio Quincio (nac. ca. 117) y a Lolio Palicano (nac. 109), un poco posteriores a los oradores enumerados anteriormente: Quinto Cepión (ca. 128), Gneo Carbón (ca. 129) y Marco Mario (ca. 125). A comienzos del §224 señala que sigue con la clasificación genérica (*et quoniam huius generis facta mentio est*⁶⁹), pero ahora el movimiento es hacia atrás, hacia la época posterior a los Graco (*seditionum omnium post Gracchos...*). Aquí se sitúan Lucio Apuleyo Saturnino (nac. 133/2), Gayo Servilio Glaucia (nac. ca. 140) y Sexto Ticio (nac. 127). Por si quedaba alguna duda, Cicerón vuelve a advertirnos que pertenecen a una generación anterior (*sed ad paulo superiorem aetatem reverti sumus*) y anuncia que va a volver a aquella que estaba tratando conforme al orden, la época de Sulpicio (*nunc ad eam de qua aliquantum sumus locuti revertamur. Coniunctus igitur Sulpici aetati P. Antistius fuit...*).

Hay que señalar que la agrupación de los oradores de provincias en §169-172 se hace también por asociación y no por cronología. A pesar de no contar con fechas exactas de magistraturas y nacimientos, el *floruit* que apunta Sumner⁷⁰ para Quinto Valerio (91) y el correspondiente a Lucio Papirio de Fregelas (177) nos dan idea de la disparidad de edades dentro de esta categoría. El salto hacia atrás que implica la mención de Lucio Papirio se señala a comienzos de §170 con *apud maiores autem nostros*. De nuevo, parece que Cicerón invierte el orden, al pensar quizás primero en el más próximo a su propia época.

68 O.c., 283.

69 Expresión muy similar a la que introducía a los oradores estoicos en §117: *quoniam Stoicorum est facta mentio*.

70 O.c., 20.

Ya hemos visto un par de ejemplos de **analepsis**. En §210 y ss., su función era la de retomar a oradores destacados dentro de una misma familia con el fin de apoyar una tesis. Era ésa una analepsis de largo alcance –Cicerón echaba la vista cinco generaciones atrás– y además tenía cierto carácter recapitulatorio. Igualmente Ático está capacitado –como pocos gracias a sus estudios históricos– para erigirse en narrador secundario y hacer una recapitulación del mismo tipo. A él le compete describir la figura de César (a partir de §252), ya que Cicerón respeta la norma de no hablar de oradores vivos. Destaca la elegancia del latín cesariano, pero no la atribuye exclusivamente a su “herencia” de familia, sino a la aplicación de un método racional (*ratio*) y científico (*scientia*). Y es aquí donde tiene sentido la retrospectiva: César es pionero en este campo, pues todos los que le antecedieron debían su correcto latín a la *bona consuetudo* (§258). Vuelven a ser mencionados Gayo Lelio y Publio Escipión⁷¹, con los contraejemplos de sus contemporáneos –*illorum aequales*– Cecilio y Pacuvio, que hablaban mal. Y luego pasa ya a un orador que tanto Cicerón como él pudieron ver de niños (*pueri vidimus*): Tito Flaminio (cónsul en 123 con Quinto Cecilio Metelo Baleárico), que hablaba bien sin tener cultura literaria. Da un salto considerable hasta Cátulo (cos. 102), de pronunciación agradable, y Cota (cos. 75), de acento más rústico, para terminar con Sisena (nac. 118), amante de las palabras inusuales, como *sputatilica* (§260). La analepsis concluye volviendo al punto de partida, César, cuya contribución se aprecia más con este trasfondo de más de un siglo. Él fue el primero que aplicó el método racional para devolver la pureza a un latín que la había ido perdiendo con la progresiva introducción de los usos bárbaros (*barbaries*).

Justo antes de la laguna final (§333), Cicerón recupera de nuevo las principales *aetates* con el fin de demostrar la escasez de buenos oradores que ha habido (sólo uno o dos en cada generación). Esta última recapitulación funciona casi a modo de índice, pues nos desvela, a posteriori, la estructura de la obra. Confrontándolo con el esquema de Sumner⁷², sólo faltan las *aetates* de Lutacio Cátulo y César Estrabón, no en vano suprimidas como independientes por

71 En este fragmento se alude a Lelio y Escipión como pertenecientes a una misma *aetas*. Por tanto, se trataría probablemente de Publio Cornelio Escipión Africano Emiliano, nacido en el mismo año que Lelio (185).

72 *O.c.*, 153.

algunos estudiosos⁷³. En esta retrospectiva, Cicerón tampoco separa su propia generación y la de Bruto, aunque sí ha aludido a ellas como *mea aetas* y *tua aetas* (§230), por contraposición a la generación de Hortensio⁷⁴.

Al igual que ocurría con las prolepsis, el registro de Sumner nos revela que los pequeños saltos cronológicos hacia atrás no son en absoluto infrecuentes, especialmente cuando nos encontramos con listas de oradores menores (subgrupos) que completan las distintas generaciones. Aparte de estas fluctuaciones sin importancia, hay algunas dislocaciones más significativas, que podríamos calificar de “alcance intermedio” y que llegan a retrotraerse a una distancia de varias décadas. Para favorecer un poco la ligereza expositiva, ahora que conocemos los métodos de Cicerón, agrupamos estas analepsis en la siguiente tabla, adjuntando cuando procede las marcas de articulación de las mismas introducidas por el narrador:

§56	En este párrafo se habla de los primeros políticos con dotes oratorias. Aquí la alteración del orden cronológico es notable. El primer consulado de Marco Popilio (359) es anterior al mencionado tribunado de Manio Curio (298) en más de sesenta años.
§80	Lucio Emilio Paulo, el padre del Africano y nacido en el 229/8, encaja en el grupo de oradores menores que Catón (nac. 234), pero su mención parece descolocada, pues se le sitúa entre oradores más de treinta años más jóvenes: Quinto Nobilior (nac. ca. 197), Tito Anio Lusco (nac. ca. 196) y –ya en el siguiente apartado, entre los oradores menores que florecieron aún en vida de Catón– Aulo Albino (nac. 195).
§82	Dentro de los oradores bastante más jóvenes que florecieron en vida de Catón, la mención de Servio Galba aparece dislocada, pues su fecha de nacimiento (191) es anterior a la de Quinto Metelo Macedónico (188), Lucio Cota (187), Gayo Lelio (185) y Publio Africano (185). Cicerón le reserva el último lugar en este subgrupo porque es el más importante, y además señala la alteración expresamente:

⁷³ Cf. nota 35.

⁷⁴ Otra importante retrospectiva de largo alcance es la que hace Ático a partir de §292, con el objetivo de introducir su valoración de algunos oradores ya tratados.

	<i>sed inter hos aetate paulum his antecedens sine controversia Ser. Galba eloquentia praestitit</i>
§94	Lucio Mumio (cos. 146) y Espurio Postumio Albino (cos. 148) son un poco anteriores a los miembros del grupo al que pertenecen, el de Marco Emilio Lépido Porcina (cos. 137). No obstante, la analepsis sólo supone una mínima alteración, ya que aún se encuadran dentro de los oradores que ejercieron <i>vivo Catone</i> (murió en el 149).
§108	Dentro de la <i>aetas</i> de los Graco, y en el subgrupo que culmina en Gayo Graco, Publio Cornelio Léntulo, nacido en el 206/5, supera en más de veinte años a los oradores que se encuadran dentro de las mismas fechas (<i>isdemque temporibus</i>): la mención anterior es Publio Cornelio Escipión Nasica Serapión (nac. 182/1) y la posterior Lucio Furio Filón (nac. 179). Su inclusión aquí está justificada por el papel notable que desempeñó Léntulo cuando ya era muy anciano en el período de los Graco ⁷⁵ .
§109	[Continuación del subgrupo anterior]. Cicerón remata una serie de no consulares con la mención de Tito Flaminio (cónsul en 123), once y doce años mayor que los personajes mencionados en el mismo grupo: Flaminio nació en el 166, mientras que Marco Druso nació en el 155 y Marco Peno <i>ca.</i> 154. Aquí el último puesto no parece ser de honor, sino que se debe a la escasa importancia oratoria del cónsul, que redundó en falta de noticias (<i>nihil accepi nisi Latine diligenter locutum</i>).
§117	[Mismo subgrupo de Gayo Graco]. La mención de los estoicos Marco Emilio Escauro (nac. 162/1) y Rutilio Rufo (nac. 158) lleva a incluir –por asociación de la escuela filosófica– a un orador un poco mayor que ellos, Quinto Elio Tuberón (nac. <i>ca.</i> 168). El narrador nos indica el motivo de esta pequeña analepsis: <i>quoniam Stoicorum est facta mentio</i>
§175	Nos encontramos en la <i>aetas</i> de César Estrabón. En una digresión sobre juristas, dos no consulares, Marco Bruto (nac. <i>ca.</i> 150-145) y Gayo Bilieno (nac. 143), son mencionados entre oradores más jóvenes, pero Cicerón señala esta dislocación: <i>et ante hos M. Brutus et paulo post eum C. Billienus</i>
§222	En este párrafo se nos habla de oradores que se dedicaron a la defensa del Estado (<i>in praesidiis rei publicae</i>): Marco Druso, Lucio Lúculo, Marco Lúculo, Marco Octavio, Gneo Octavio y Marco Catón padre. Todos ellos nacieron <i>ca.</i> 120 excepto el último, que era un poco mayor (nacido en el 130).

§274	La <i>aetas</i> de Bruto (nac. ca. 85) comprende a oradores nacidos en la década de los 80: Gayo Pisón (89), Marco Celio Rufo (ca. 89/8), Gayo Escríbonio Curión (ca. 85), Gayo Licinio Calvo (ca. 82) y Publio Licinio Craso, el hijo de Marco (ca. 86). Sin embargo, en esta generación se incluye a Marco Calidio, nacido en el 97, al menos ocho años mayor que los antes mencionados ⁷⁶ .
------	---

Esta tabla nos revela que las analepsis son menos abundantes y menos significativas a medida que Cicerón se aproxima a su propia época. Sin duda, conocería con bastante exactitud la trayectoria política de sus contemporáneos, algunos de los cuales serían amigos suyos. Sumner⁷⁷ recuerda que “la *Lex Annalis* hacía necesario que se tuvieran en cuenta las edades de los contemporáneos”, y, como hemos dicho, este seguimiento adquiriría una dimensión casi espacial, con las distintas capas en que se dividía el *cursus honorum*.

Todavía no hemos hablado de otra categoría referente a las anacronías denominada “amplitud”: “corresponde a la dimensión de historia cubierta por la institución de una analepsis o de una prolepsis”⁷⁸, esto es, si la anacronía se limita por ejemplo a una corta explicación circunstancial o, por el contrario, es notablemente larga. En general se suele considerar que los movimientos analépticos tienen más amplitud que los prolépticos. En el *Brutus*, como hemos visto, encontramos analepsis relativamente amplias que responden a motivaciones concretas: el rastreo de la genealogía de una gloriosa familia sirve para enfatizar la importancia que la *consuetudo domestica* tiene sobre la lengua (§210-213); y, en conexión con ello, Ático pasa revista a los oradores que por ese motivo hablaron latín con gran pureza, con el objetivo de realzar el avance metódico introducido por César (§258-261). Aparte de estos casos, los retrocesos son mínimos, y para percatarse de ellos –cuando Cicerón no los indica expresamente– es necesario conocer a fondo la

75 DOUGLAS (*o.c.*, 1966 A, 292) considera que el caso de Publio Léntulo es la “única alteración cronológica realmente importante en el *Brutus*”, aunque hay otras, como venimos viendo.

76 El año 97 es la fecha de nacimiento que aparece en el registro de oradores de Sumner para Marco Calidio (*o.c.*, 27). Douglas, por el contrario, cree que Calidio nació en el 87. Cf. su argumentación en *o.c.* 1966 A, 301.

77 *O.c.*, 156.

78 C. Reis, *o.c.*, 19.

cronología de la época que se está tratando o, en su defecto, recurrir a obras como la de Sumner.

Por el contrario, se suele afirmar que las prolepsis tienen menor amplitud debido a que “surgen normalmente como ocurrencias momentáneas y no siempre consecuentes”⁷⁹. Según ha revelado nuestro estudio, es verdad que se busca cierto efecto de espontaneidad en los saltos hacia adelante, y en varias ocasiones el narrador deja el impulso inicial a Bruto (§118, §150), de cuya caracterización se desprende que está menos preocupado por preservar el orden temporal de la exposición y más ansioso por llegar a la época actual. Pero, por lo demás, en el *Brutus* la amplitud de las prolepsis es parecida a la de las analepsis, desde dos o más párrafos (§150 y ss., con la comparación entre Cicerón y Sulpicio y Sulpicio y Escévola) hasta una línea. Y, respecto a su planificación y consecuencia, están tan programadas como las analepsis y, al igual que éstas, suelen ir acompañadas de marcas de transición.

Un capítulo poco tratado por los estudiosos del *Brutus* es el resumen de la oratoria griega que aparece a comienzos de la obra (§26-51). En él vemos a Cicerón manejando una historia de más de quinientos años (desde Homero, en el siglo VIII, hasta Demetrio de Falero, que murió a principios del III). En el discurso, Cicerón se preocupa –igual que lo hace cuando expone la oratoria romana– por dejar claras las relaciones de orden temporal que se establecen entre los oradores. Así, desde §27 a §38, Cicerón repasa ordenadamente la elocuencia ateniense. Los primeros verdaderos oradores son Pericles y Tucídides. Después retrocede a los estadistas que debieron de tener dotes oratorias (Pisístrato, Solón, Clístenes y Temístocles), indicándonos esta analepsis mediante las marcas que recogemos en la tabla de la siguiente página⁸⁰. Luego retoma el orden cronológico y menciona a los sofistas, a Sócrates y a los grandes oradores del siglo IV. La única leve alteración consiste en situarnos a Lisias después de Isócrates, aunque ciertamente la época es la

79 *Id.*

80 A lo largo de la exposición griega, se utilizan coordenadas similares a las que se emplearán en la oratoria romana, aunque la imprecisión es mayor: el extenso *proxumo saeculo*; *multis annis* y *aliquot annis* (¿cuántos?); *proximus*, pero no *aequalis*; y los vagos *post* y *tum*. También aparece en dos ocasiones el término *aetas*, referido únicamente a la generación de grandes hombres de Estado del siglo V.

misma (ese vago *tum* de §35). El repaso termina con los contemporáneos de Demóstenes y Demetrio de Falero⁸¹.

En §39 Cicerón vuelve a atrás, a Solón y Pisístrato, y todo indica que estamos ante una recapitulación que tiene por objeto establecer sincronismos entre Grecia y Roma, con el fin de resaltar el tardío desarrollo de la oratoria en ambos mundos. La mención de Homero en §40 –que está descolocada, con la ubicación temporal oportuna– parece apuntar a la tesis contraria: la importancia de la elocuencia ya en una época tan primitiva como la guerra de Troya. Sin embargo, Cicerón no desarrolla esta idea y vuelve a la anterior⁸², tratando de nuevo a Temístocles (en sínclisis con Coriolano) y a Pericles, que fue el primero en aplicar un método (*primus adhibuit doctrinam*). Esta figura sugiere otro cambio de rumbo: la necesidad de democracia y paz para el desarrollo de la elocuencia, por un lado, y el crecimiento de la teoría retórica –basado en el relato aristotélico–, por otro. Los exponentes de la teoría retórica aparecen ordenados cronológicamente y la única levisísima analepsis es la mención de Antifonte de Ramnunte (480-411) después de Gorgias, quien vivió hasta bien entrado el siglo IV. Aquí se aplica la asociación por género: *similia quaedam habuisse conscripta*.

La sección griega termina con la reiteración de la lección cronológica en §49, a la que se añade la conclusión –que ya se venía observando– de que la elocuencia no era común a toda Grecia, sino sólo propia de Atenas. Finalmente (§51), se esboza una primera distinción entre los dos *genera* que se diferencian en el *Brutus*: el ático y el asiático.

81 Esta exposición coincide básicamente con la que Cicerón hace en *De oratore* II.93-95. Allí no incluye a los hombres de Estado anteriores a Pericles, como tampoco a los sofistas y a Sócrates. No obstante, en *De oratore* III.127-9 menciona a los mismos cinco sofistas: Hipias, Pródico, Trasímaco, Protágoras y Gorgias.

82 Para Douglas (*o.c.*, 1966 B, XLIV), Cicerón comete varias inconsistencias en esta recapitulación, como ignorar la relevancia de los poemas homéricos que acaba de mencionar o cambiar de actitud hacia Isócrates. Esto oscurecería –según Douglas– la lección cronológica. Por mi parte, no creo que sea así: la idea del desarrollo tardío de la oratoria queda suficientemente clara y se vuelve a retomar con gran obviedad y a modo de conclusión en §49.

§27	Pericles (495-429) ⁸³ y Tucídides (460-396)	s. V
§27	Pisístrato (607-527), Solón (640-558) ↑ y Clístenes (570-507) <i>eum, qui multis annis ante hos fuerit, Pisistratum et paulo seniore etiam Solonem posteaque Clisthenem</i>	s. VI ↑ ⁸⁴
§28	Temístocles (528-462) <i>Post hanc aetatem aliquot annis</i>	s. VI/V ↑
§28	Pericles (495-429), Cleón (muerto 422) <i>post Pericles - Cleonem etiam temporibus illis</i>	s. V
§29	Alcibiades (450-404), Critias (460-403) y Terámenes (450-404) <i>Huic aetati supares</i>	s. V
§29	Tucídides (460-396) <i>ex Thucydidi scriptis, qui ipse tum fuit</i>	s. V
§30	Gorgias de Leontino (485-380), Trasímaco de Calcedonia (459-400), Protágoras de Abdera (485-411), Pródico de Ceos (465-395), Hipias de Élida. Sofistas: <i>aliquae multi temporibus eisdem</i>	s. V - transición IV
§31	Sócrates (470-399) <i>His opposuit sese Socrates</i>	s. V - transición IV
§32	Isócrates (436-338) <i>Exstitit igitur iam senibus illis quos paulo ante diximus Isocrates</i>	s. IV
§35	Lisias (458-380) <i>Tum fuit Lysias ipse</i>	s.V - IV ↑
§35	Demóstenes (384-322)	s. IV
§36	Hipérides (389-322), Esquines (389-314), Licurgo (396-323), Dinarco (361-291), Demades (380-318) <i>Huic Hyperides proximus et Aeschines fuit et Lycurgus et Dinarchus et is... Demades</i>	s. IV

§37	Demetrio de Falero (350-282) <i>Phalereus enim successit eis senibus adulescens</i>	s. IV - transición III
§39	Recapitulación [lección cronológica] Solón (640-558), Pisístrato (607-527)	s. VI
§40	Homero <i>Neque enim iam Troicis temporibus tantum laudis in dicendo Ulixi tribuisset Homerus et Nestori</i>	s. VIII ↑
§41	Pisístrato (607-527), Temístocles (528-462) <i>Pisistrato. denique hunc proximo saeculo Themistocles insecutus est</i>	s. VI/V
§44	Pericles (495-429) <i>sed tum fere Pericles</i>	s. V
§44	Anaxágoras (496-427)	s. V
§46	[Fuente: Aristóteles] Córax (s. V) y Tisias (fl. 467)	s. V
§46-47	Protágoras (485-411), Gorgias (485-380)	s. V - transición IV
§47	Antifonte de Ramnunte (480-411) <i>huic Antiphontem Rhamnusium similia quaedam habuisse conscripta</i>	s. V ↑
§48	Lisias (458-380) y Teodoro (fl. finales del s. V)	s.V - IV
§48	Isócrates (436-338)	s. IV
§50	[Elocuencia fuera del Ática] Epaminondas (418-362)	s. V - IV
§50	Menelao [en Homero]	s. VIII ↑

Antes de pasar a estudiar las demás categorías del tiempo, cabe apuntar que el orden temporal no afecta sólo a las *aetates* y

83 Las fechas de nacimiento y muerte de los personajes griegos incluidos en esta tabla son, en su mayoría, aproximativas.

84 ↑ indica "analepsis".

a sus subgrupos, sino que incluso la descripción de alguno de los oradores más prominentes sigue muy de cerca la cronología vital y sobre todo oratoria del individuo en cuestión. Así sucede con Lucio Licino Craso en §159 y siguientes. Primero se habla de los discursos forenses que pronunció de joven: acusó con éxito a Gayo Carbón cuando era *admodum adulescens* (en 119 a.C., con 21 años); defendió a la vestal Licinia *postea... cum annos xxvii natus esset* (113 a.C.). Luego se pasa a los discursos políticos (§160), entre los que destaca su intervención en favor de la fundación de la colonia narbonense cuando también era *adulescens* (118 a.C.). A continuación se alude a su tribunado (107 a.C.) y al discurso en favor de la ley Servilia que pronunció un año después, durante el tribunado de Escévola (106 a.C.). En §162 Cicerón habla de su consulado (año 95) y de su defensa en favor de Quinto Cepión, así como del último discurso que pronunció, cuando era censor (92 a.C.).

B. La duración o velocidad

En *Figuras III*, la segunda categoría temporal que trata Genette es la “duración” (*durée*)⁸⁵, que tiene por objeto confrontar la duración de la historia y la duración del relato o discurso. En *Nuevo discurso del relato*⁸⁶, el narratólogo hace una distinción entre dos tipos de “presentación” del texto (oral y escrito), reflexionando sobre la medición de su duración. Esta matización resulta muy relevante a la hora de analizar el *Brutus*, ya que Cicerón juega con la ficción de una conversación.

A partir del párrafo diez, Cicerón pretende “reproducir” un diálogo que, en su prístina versión oral, tendría su propia duración y sería perfectamente mensurable. Por su parte, el relato escrito que nos ha llegado no tiene en sí mismo duración, a menos que hagamos una “recepción” del mismo en forma de representación o lectura, en cuyo caso la duración sería variable: dependería de la velocidad de lectura de cada individuo concreto. En este sentido, Genette habla de la “pseudo-temporalidad” del relato escrito⁸⁷. De

85 O.c. 1972, 122 y ss.

86 O.c. 1998, 25.

87 *Id.*

todos modos, Cicerón juega con la ficción de la isocronía: nos presenta una enorme **escena** dialogada en la que pretende reproducir (*mímesis*⁸⁸) el discurso de tres personajes –el suyo propio, el de Bruto y Ático– tal como se desarrolló, respetando el orden de sus intervenciones, de manera que la duración del relato es idéntica (convencionalmente) a la duración de la conversación que sostuvieron.

La realidad es que Cicerón sólo renuncia aparentemente a llevar las riendas de la narrativa. Dentro de esa definición genérica de “diálogo” nos encontramos con escenas propiamente dichas –donde efectivamente se traslada la conversación de los personajes– y pasajes expositivos o sumarios en los que el narrador, visible gracias a sus propios comentarios, asume la tarea de compendiar la historia de la oratoria (primero griega y luego romana). La isocronía –aunque artificial– sólo atañería a esas pequeñas escenas, mientras que en el resto del relato es evidente que el tiempo de la historia y el tiempo del discurso divergen (anisocronía), siendo este último generalmente menor.

En *Nuevo discurso del relato*⁸⁹, Genette propuso la sustitución del término “duración” por el de “velocidad” (o “velocidades”, dado que ningún relato avanza con un paso absolutamente constante). “Velocidad” refleja mejor la idea de “ritmo narrativo”, que se podría definir como la relación entre la duración de la historia (medida en segundos, horas, días, meses y años) y la extensión del texto (medida en líneas y páginas)⁹⁰. En una comparación externa y cuantitativa, similar a una “medida taquimétrica”⁹¹, podríamos decir que la historia de la elocuencia narrada en el *Brutus*⁹² abarca un relato de ocho siglos (desde los poemas homéricos hasta la época de Cicerón y Bruto, concretamente otoño del 47 a.C., como nos es dado deducir⁹³) en 333 párrafos o cien páginas aproximadamente, dependiendo de la edición que consultemos. Pero lo que nos interesa aquí es una comparación interna, que dé cuenta de las

88 La *mímesis* o “imitación” de la representación dramática se opone a la *diégesis* o relato puro sin diálogo.

89 O.c. 1998, 25.

90 Definición de Genette en o.c. 1972, 123.

91 Genette, o.c. 1998, 25.

92 La narración secundaria emprendida por Cicerón personaje a partir de §25.

93 Véase nota 3.

variaciones de ritmo de la narración y que revele el sentido de las aceleraciones y desaceleraciones.

Comencemos por los **sumarios**. Con este término, proveniente de la crítica angloamericana, se designa toda forma de resumen de la historia, de manera que el tiempo de ésta aparece reducido, en el discurso, a un lapso durativo sensiblemente menor⁹⁴. Es, por tanto, un movimiento anisocrónico. Por seguir con los ejemplos cuantitativos más sugerentes, Cicerón resume los más de cinco siglos que van desde Homero hasta Demetrio de Falero en sólo diez párrafos (desde el §27 al §37).

Sin embargo, a pesar del carácter resuntivo que cabe esperar en una historia de la literatura, es lógico que las figuras más importantes se traten con más detenimiento que aquellas otras secundarias o menores. ¿Cuántas veces nos recuerda Cicerón la *mediocritas* de muchos de los oradores que enumera?⁹⁵ Él mismo se afana en negar tal condición a muchos de los personajes, *qui tantum in dicentium numero, non in oratorum fuerunt* (§176). Ático, presentado como un concienzudo historiador, se queja por alguna omisión (§269), ya que Cicerón ha mencionado “a todos los que se atrevieron alguna vez a ponerse en pie para hablar en público” (*omnis enim commemoras, qui ausi aliquando sunt stantes loqui*). Y al final (§332) el propio Cicerón reconoce que ha catalogado a una “turba de oradores” en la conversación: *ea, quam ego congessi in hunc sermonem, turba patronorum*. Pero todo esto responde a una intención programática (§270): hacer comprender a los interlocutores qué pocos fueron los que merecieron alabanza (*quam pauci fuerint laude digni*).

Así pues, a veces tenemos la sensación de asistir a una “larga procesión de oradores”⁹⁶, en la que pocos santos destacan entre la marabunta de penitentes. No resulta difícil adivinar dónde se acelera el paso: justo antes y después de las figuras de mayor talla. Antes de llegar a Marco Cornelio Cetego y a Catón el Censor, los orígenes de la oratoria romana se despachan en cinco párrafos (§53-57). La escasez

94 C. Reis, *o.c.*, 235.

95 §94: *Fuerunt etiam in oratorum numero mediocrium L. et Sp. Mummii fratres...* §100: *Fannius in mediocribus oratoribus habitus esset.* §108: *erat in aliquo numero etiam M. Fulvius Flaccus et C. Cato Africani sororis filius, mediocres oratores, etc.*

96 Douglas, *o.c.* 1966 B, XXXVIII. El autor alude a la “superficialidad deliberada” de Cicerón.

de fuentes es en esta ocasión el motivo de la celeridad. Cicerón reúne aquí a once personajes de los que ni siquiera consta que fueran oradores: *sed eos oratores habitos esse aut omnino tum ullum eloquentiae praemium fuisse nihil sane mihi legisse videor: tantummodo coniectura ducor ad suspicandum* (§56). Cetego, el primer orador, merece en cambio tres párrafos y medio (§57-60). Al llegar a Catón, el ritmo se desacelera aún más gracias al empleo de signos anisocrónicos contrarios al sumario (la descripción, la *sýnkrisis* y la digresión, que implica una pausa); en total ocupan dieciséis párrafos (§61-76).

¿Y qué ocurre después? En §77 son introducidos los contemporáneos mayores que Catón. Se menciona a seis sin solución de continuidad y sin la más mínima elaboración (*cum hoc Catone grandiores natu fuerunt C. Flaminius C. Varro Q. Maximus Q. Metellus P. Lentulus P. Crassus*), a los que se suman otros tres definidos tan sólo por una línea (Publio Cornelio Escipión Africano –cónsul en 205 y 194–, su hijo y Sexto Elio). Algo parecido ocurre con los contemporáneos *minores* de Catón: son siete oradores que, aunque dignos –entre ellos Gayo Sulpicio Galo y Publio Escipión Nasica *Corculum*–, ocupan sólo dos párrafos (§78-79). Y entre los aún más jóvenes (*vivo Catone minores natu*), antes de llegar al cabeza de la siguiente *aetas*, Servio Galba, y a aquellos dignos de equipararse con él (Gayo Lelio *Sapiens* y Escipión Emiliano), seis oradores –casi todos cónsules entre 151 y 144– son agrupados en un solo párrafo (§81): Aulo Albino, Servio Fulvio, Servio Fabio Píctor, Quinto Fabio Labeón, Quinto Metelo y Lucio Cota.

Al llegar a los mascarones de proa de la generación de Galba, el tiempo se detiene (§82-93). Volvemos a encontrar el mismo procedimiento sincrético (Lelio comparado con Escipión, por una parte, y con Galba, por otra) y de descripción (atenta mirada a la elocuencia de Galba). Posteriormente, entre Galba y la siguiente gran figura, Marco Emilio Lépido Porcina, la ya habitual lista rápida: nueve oradores de segunda fila (*fuerunt etiam in oratorum numero mediocrium...*) en tan sólo dos párrafos (§94-95). Lépido, aunque calificado como *summus orator* (§95), no es objeto de una gran descripción, lo que lleva a algunos a no asignarle una *aetas* independiente⁹⁷. Y entre éste y Gayo Papirio Carbón, orador eminente junto con los Graco (§103 y ss.), nueva aceleración: entre §97 y §99 hacen su aparición ocho oradores.

97 Cf. nota 35.

No es necesario seguir ilustrando así la alternancia entre pasajes rápidos y aquellos otros en los que el tiempo se detiene, más o menos dependiendo de la supremacía que Cicerón quiera conceder al orador u oradores más importantes dentro de cada generación. No obstante, sí nos parece oportuno recoger en una tabla algunos otros pasajes que imprimen un ritmo particularmente rápido a la narración, así como las razones expresas de Cicerón para tal celeridad.

§135-137	<p>En estos tres párrafos se menciona nada menos que a doce oradores (todos nacidos en la misma época que Lutacio Cátulo): Quinto Metelo Numídico, Marco Silano, Marco Aurelio Escauro, Aulo Albino, el sacerdote Albino, Quinto Cepión, Gayo y Lucio Memio, Espurio Torio, Marco Marcelo, Publio Léntulo y Lucio Cota. Las alusiones programáticas a finales de §137 confirman que éstos son oradores mediocres y que Cicerón tiene prisa por llegar a los grandes: Marco Antonio y Craso.</p> <p><i>Atque ego et in hoc ipso Cotta et in aliis pluribus intellego me non ita disertos homines et rettulisse in oratorum numerum et relaturum</i></p>
§165-168	<p>En §165, una vez que ha tratado por extenso las grandes figuras (Antonio, Craso y Escévola), Cicerón vuelve a imprimir un ritmo más rápido –aunque no carente de una mínima elaboración–, con dos oradores por párrafo: Gneo Domicio, Gayo Celio, Marco Herenio, Lucio Filippo, Gayo Claudio, Gayo Ticio, Quinto Rubrio Varrón y Marco Gratidio.</p> <p>Pese a que algunas de estas figuras menores han nacido para la elocuencia (§168: <i>factus ad dicendum, M. Gratidius</i>) o al menos son aceptables (§168: <i>Q. Rubrius Varro... sane probabilis</i>), otras justifican la rapidez del pasaje: o bien no son oradores propiamente dichos (§165: <i>Cn. Domitium... etsi non fuit in oratorum numero</i>), o bien sólo figuraron entre los oradores pasables (§166: <i>M. Herennius in mediocribus oratoribus; C. Claudius... eloquentiae quandam mediocritatem adferebat</i>).</p>
§169-170	<p>Los oradores no romanos, aunque elocuentes, son tratados de forma muy somera (seis en un párrafo y medio): Quinto Vetio Vetiano, Quinto y Décimo Valerio, Gayo Rusticelio de Bolonia, Tito Betucio Barro, Lucio Papirio de Fregelas.</p>

§175-176	<p>Mención rápida de siete personajes de la <i>aetas</i> de César Estrabón (Décimo Bruto, Lucio Escipión, Gneo Pompeyo, Sexto Pompeyo, Marco Bruto, Gayo Bilieno, Gneo Octavio), porque realmente “sólo figuraron en la nómina de los habladores, y no en la de los oradores”.</p> <p>§176: <i>sed ab eis, qui tantum in dicentium numero, non in oratorum fuerunt, iam ad oratores revertamur.</i></p>
§178-180	<p>Tras la mención de Gayo Julio César Estrabón, al que –pese a su importancia– se dedica sólo un párrafo, doce oradores ocupan los siguientes tres párrafos: Publio Cetego, Quinto Lucrecio Vispilo, Ofela, Tito Anio Velina, Tito Juvencio, Publio Orbio, Tito Aufidio, Marco Virgilio, Publio Magio, Quinto Sertorio, Gayo Gargonio y Tito Junio. Una vez más, Cicerón hace alusión a su medianía: estos hombres no fueron oradores ni fueron considerados como tales.</p> <p>§181. <i>nec habiti sint oratores neque fuerint</i></p>
§182	<p>Aquí Cicerón parece llegar a una especie de πῦλος o “ahogo”, mencionando ocho nombres de oradores uno detrás de otro. Esta rápida sucesión apoya la idea de la máxima abundancia de oradores. Pero éstos no son oradores secundarios, sino que los anuncia a todos juntos para luego ir tratando a cada uno individualmente.</p> <p><i>isdem fere temporibus aetate inferiores paulo quam Iulius sed aequales propemodum fuerunt C. Cotta P. Sulpicius Q. Varius Cn. Pomponius C. Curio L. Fufius M. Drusus P. Antistius; nec ulla aetate uberior oratorum fetus fuit.</i></p>
§221-223	<p>Después del detenimiento con que ha tratado la figura de Escribonio Curión padre, Cicerón vuelve a ganar velocidad en estos tres párrafos, en los que aparecen diecisiete oradores que ejercieron entre los años 90 y 80 (algunos ya mencionados en §182): Gayo Carbón, Quinto Vario, Gneo Pomponio, Lucio Fufio, Marco Druso, Lucio Lúculo, Marco Junio Bruto, Marco Lúculo, Marco Octavio, Gneo Octavio, Marco Catón, Quinto Cátulo hijo, Quinto Cepión, Gneo Carbón, Marco Mario, Lucio Quincio y Palicano.</p>

En oposición a los fragmentos que acabamos de analizar, existen otros más estáticos en los que la progresión lineal parece detenerse en beneficio del discurso. Uno de estos momentos de desaceleración es la **descripción**. En el *Brutus*, las descripciones no tienen una función meramente decorativa u ornamental, sino que, si se

suprimieran, la obra dejaría de cumplir el tercero de sus objetivos explícitos (§20: *...de oratoribus: quando esse coepissent, qui etiam et quales fuissent*), consistente en calibrar las aptitudes de los distintos oradores.

El primer orador –aparte de Catón– que es objeto de una caracterización más cuidada en el *Brutus* es Servio Sulpicio Galba (cónsul en el 144). En §93, Cicerón nos lo describe como un hombre de gran talento (*ingenium*) y enérgica pasión (*vis animi*), imbuido además de cierto patetismo natural (*naturalis quidam dolor*) a la hora de hablar. Sin embargo, fuera de la tribuna, perdía ese *ardor animi* que le inflamaba, de manera que sus discursos escritos no reflejan el ímpetu de sus intervenciones orales. Su descripción es de las más coloridas del *Brutus* porque se apoya en el curioso relato de un informante⁹⁸, Publio Rutilio Rufo, al que Cicerón dice haber oído personalmente (§85: *memoria teneo Smyrnae me ex P. Rutilio Rufo audisse*). El objeto del relato es demostrar –al hilo de un caso concreto en el que Galba relevó a Lelio como defensor⁹⁹– cómo se preparaba antes de los juicios, ayudándose de esclavos letrados (*servi litterati*) a los que dejaba tan cansados que parecían haber sido golpeados. A su vez, el ejemplo de Galba le sirve a Cicerón para ilustrar, a modo de digresión, la diferencia entre oralidad y escritura en el marco de la oratoria.

En la época de los Graco, los hermanos Tiberio y Graco son descritos en menos de dos párrafos cada uno: §103-104 para el primero (compartidos con Gayo Carbón); y §125-126 para el segundo. Cicerón insiste en la prematura muerte de ambos, que les impidió desarrollar su talento (de ahí la extensión intermedia de su descripción, corta comparada con la de otros oradores más longevos). Alaba la esmerada educación que recibieron desde niños, incluso

98 Si los informantes, generadores de verosimilitud, son necesarios en la ficción para producir el “efecto de lo real” (cf. Reis, *o.c.*, 56), más lo son aún en una historia de la literatura, donde el recurso a las fuentes es indispensable, sobre todo en aquellos casos que por antigüedad se alejan más de la esfera del narrador.

99 Este caso es descrito en §85: el senado decretó que los cónsules Publio Escipión Nasica y Décimo Bruto (138 a.C.) investigaran un crimen que se había producido en el bosque de Sila (en el Brucio) y en el que habían muerto personas muy conocidas. Se acusaba de la matanza a los miembros (esclavos y libres) de una sociedad que tenía la concesión para el negocio de la pez. Primero Gayo Lelio asumió su defensa, pero, tras dos aplazamientos de la sentencia, la sociedad encomendó la causa a Galba, siguiendo la recomendación del propio Lelio.

en las letras griegas, y destaca particularmente las excelentes cualidades de Gayo Graco que, de haber vivido más tiempo, le habrían situado en la cúspide de la oratoria: *quidem nescio an habuisset parem neminem. grandis est verbis, sapiens sententiis, genere toto gravis* (§126).

Dentro de la misma generación, aparte de Gayo Carbón, cuya favorable descripción se basa en el testimonio de Lucio Gelio¹⁰⁰, Cicerón dedica bastante atención a los estoicos: compara a Marco Emilio Escauro y Publio Rutilio Rufo en una larga *synkrisis* (§110-116) y a continuación se detiene en la figura de Quinto Elio Tuberón (§117). A Cicerón le interesa resaltar la sabiduría de estos tres personajes (define a Escauro como *sapiens homo et rectus*; a Rutilio como *doctus vir et Graecis litteris eruditus*; y de Tuberón señala que fue *doctissimus in disputando*), para contraponerla a su falta de talento oratorio (*quamquam his quidem non omnino ingenium, sed oratorium ingenium defuit*). La elocución de todos ellos deja que desear y se califica como *ieiuna*¹⁰¹ (literalmente, “en ayunas”, o, lo que es lo mismo, “descarnada”, “árida”). Pero la peor parte se la lleva Tuberón (§117), que es definido, tanto en su vida como en sus palabras, como *durus incultus*¹⁰² *horridus*. El estoicismo –se nos dice como conclusión– no forma para la elocuencia: su estilo es demasiado constreñido (*astrius*) y no apto para los gustos del público (*nec satis populari adsensione adcommodat*).

Como vemos, los ejemplos parcialmente negativos también tienen su sitio en el *Brutus*. Pero si hay un contramodelo que supera con creces a todos los demás, tanto por sus defectos como por la extensión que se le dedica, ése es sin lugar a dudas Gayo Escribonio Curión padre, nacido ca. 124/3 y cónsul en el 76. Pertenece

100 §105: *hunc qui audierant prudentes homines, in quibus familiaris noster L. Gellius qui se illi contubernalem in consulatu fuisse narrabat, canorum oratorem et volubilem et satis acrem atque eundem et vehementem et valde dulcem et perfacetum fuisse dicebat; addebat industrium etiam et diligentem et in exercitationibus commentationibusque multum operae solitum esse ponere.*

101 Son muchas las metáforas corporales que se utilizan en el *Brutus* para definir el estilo de los oradores. Por ejemplo, de Licinio Calvo (§283) se dice que su autocontención era tal que *etiam verum sanguinem deperdebat*. A Aristóteles (§121) se le califica como *nervosus*, “con nervio”, “vigoroso”. Pero sin duda el pasaje más interesante en este sentido es el §64, donde se habla de la “delgadez musculosa” de Lisias con numerosos términos del ámbito corporal: *Habet enim certos sui studiosos, qui non tam habitus corporis opimos quam gracilitates consecuntur; quos, valetudo modo bona sit, tenuitas ipsa delectat—quamquam in Lysia sunt saepe etiam lacerti, sic ut [et] fieri nihil possit valentius; verum est certe genere toto strigosior—, sed habet tamen suos laudatores, qui hac ipsa eius subtilitate admodum gaudeant.*

102 Referido al estilo, *incultus* significa “poco elaborado”, “sin adornos”.

a la época de Cota y Sulpicio, los dos oradores que dan nombre a la *aetas* y cuya elocuencia es descrita, principalmente a través de la comparación entre ambos, en apenas siete párrafos (§201-207). En cambio, Curión merece él solo nueve párrafos (§210-220), sin incluir los dos reservados a la digresión sobre la importancia del *usus domesticus*, también relevantes para su caracterización. En efecto, la buena *elocutio* era la única cualidad en la que destacaba, debido a la pureza con que se hablaba el latín en su casa, y exclusivamente por esta razón algunos lo consideraban el tercer orador de la época: *Erant tamen, quibus videretur illius aetatis tertius Curio, quia splendidioribus fortasse verbis utebatur et quia Latine non pessume loquebatur usu credo aliquo domestico* (§210). No había nada más digno de elogio en Curión. Su incultura era proverbial, hasta el punto de que Cicerón afirma no haber conocido a un orador *tam indoctum tam rudem*. Era ignorante en todas las disciplinas que el arpinate consideraba indispensables en la formación de un buen orador: *nullum ille poetam noverat, nullum legerat oratorem, nullam memoriam antiquitatis conlegerat; non publicum ius, non privatum et civile cognoverat* (§214). Y, pasando a examinar su valía respecto a las cinco partes de que consta la oratoria, sólo superaba la prueba en la *elocutio*, como dejó claro Cicerón al principio¹⁰³. En cuanto a la *inventio* y a la *dispositio*, nos dice que fue *cum tardus in cogitando tum in struendo dissipatus fuit* (§216).

Pero son la *memoria* y la *actio* donde Cicerón centra sus bur-las. Estos pasajes no tienen desperdicio (§216 y ss.). Para describir su acción recurre a los testimonios de Gayo Julio César Estrabón y de Gneo Sicinio –nuevo recurso a informantes para “objetivar” la narración–. El primero sentencia que Curión “hablaba desde una barca” (*loqueretur e luntre*), dados los ridículos vaivenes con que movía su cuerpo de izquierda a derecha. Vaivenes que servían, según Sicinio, para espantar las moscas de sus colegas en la tribuna, en particular de Gneo Octavio aquella vez que apareció envuelto en vendas y lleno de aceites: *‘numquam, inquit, Octavi, conlegae tuo gratiam referes; qui nisi se suo more iactavisset, hodie te istic muscae comedissent.’* ¿Y qué decir de su falta de memoria? En una ocasión se le olvidó toda la causa de la que estaba hablando, y, lo

103 El hecho de que Curión se hiciera estimar por esta única cualidad le lleva a Cicerón a considerar que es la más importante de las cinco.

más vergonzoso, incluso en sus escritos olvidaba lo que acababa de afirmar un momento antes. La conclusión es devastadora: *iam qui hac parte animi, quae custos est ceterarum ingeni partium, tam debilis esset, ut ne in scripto quidem meminisset quid paulo ante posuisset, huic minime mirum est ex tempore dicenti solitam effluere mentem* (§219). Le llama “débil intelectualmente”, pero aun así recomienda leer sus discursos, aunque sólo sea por su brillante estilo lingüístico.

Un caso diametralmente opuesto es el del gran orador Marco Antonio (nacido en 143 y cónsul en 99), cuya *aetas* precede a la de Curión. Su detallada descripción en cuatro párrafos (§139-142) atiende también a las cinco partes de la oratoria¹⁰⁴. Precisamente aquella que salvaba a Curión, la *elocutio*, es la que Antonio descuidaba más: *verba ipsa non illa quidem elegantissimo sermone; itaque diligenter loquendi laude caruit* (§140). Cicerón lo lamenta porque hablar bien latín no es tanto requisito indispensable del orador como del *civis Romanus*. Ahora bien, en las restantes facetas descollaba como pocos –quizás sólo superado por Craso, como opinará en §143–. En la *inventio* era habilísimo (*omnia veniebant Antonio in mentem*); la *dispositio* de los argumentos era digna de un general; y su *memoria* era tan prodigiosa que, pese a estar perfectamente preparado, parecía arrepentizar. Particular atención merece la *actio*, que Cicerón desglosa en los gestos y en la voz. En cuanto a los primeros, la descripción es tan detallada que contempla las diferentes partes del cuerpo: *manus humeri latera supposio pedis status incessus omnisque motus cum verbis sententiisque consentiens*. Asimismo, sabía aprovechar su voz algo ronca (*subrauca*) para infundir patetismo a los pasajes que lo requirieran.

Igualmente detallada es la descripción de Hortensio (§301-303), que pasa revista a las cinco partes, pero con un mayor énfasis en aquella que –en palabras del propio Cicerón, como acabamos de ver– es la custodia de la inteligencia. En su capacidad memorística

104 A medida que Cicerón se aproxima a su propia época, comienzan a tener mayor peso la *memoria* y la *actio*. Anteriormente se ha tenido que basar en discursos escritos, siempre que se conservaran, en los que sólo se puede juzgar la *inventio*, la *dispositio* y la *elocutio*. Ya hemos visto cómo en el caso de Curión se recurre a informantes que puedan dar testimonio de las otras dos partes. Martha (citado en Douglas, *o.c.*, 1966 B, LI) observa que de los noventa oradores tratados hasta la época de Antonio y Craso, sólo un tercio son objeto de un comentario más detallado, y que de este tercio casi todos habían dejado discursos escritos.

era inigualable (*memoria tanta, quantam in nullo cognovisse me arbitrator*), aptitud que aprovechaba para reproducir los argumentos que había pensado (*inventio*) en su propio orden (*dispositio*) sin necesidad de escribirlos, y haciendo gala al mismo tiempo de una gran brillantez elocutiva (*erat in verborum splendore elegans*). Incluso era capaz de recordar punto por punto los argumentos de sus adversarios. Tampoco su *actio* desmerecía el conjunto: su voz era *canora et suavis*; sus gestos, bien estudiados. Como añadidura, en su juventud tenía un entusiasmo (*cupiditas*) que le llevaba a ejercitarse diariamente fuera y dentro del foro. Después de su consulado (en el 69), sin embargo, perdió ese *summum studium* (§320) por la falta de competidores, según colige Cicerón. Buena circunstancia, por otra parte, para la apoteosis ciceroniana¹⁰⁵.

A medio camino entre los pasajes sumamente rápidos y estos otros bastante lentos que acabamos de analizar, nos encontramos con fragmentos de ritmo intermedio, en los que se suele describir –en un párrafo o menos– a oradores buenos pero que quedaron a la sombra de los más grandes. Así sucede por ejemplo con Lucio Marcio Filipo (§173), que fue eclipsado por Marco Antonio y Craso pese a tener dotes oratorias bastante importantes. Lo mismo le ocurrió a Lucio Gelio (§174), de quien Cicerón nos dice que *in magnos oratores inciderat eius aetas*. Distinto es el caso de otros oradores de peor calidad. Sólo medio párrafo merecen por ejemplo Marco Licinio Craso (§233), cónsul en el 70 y en el 55, de quien se hace constar su *mediocritas*; y Gayo Fimbria (§233), descrito de forma implacable como *insanus inter desertos*.

Según hemos venido indicando, son muchos los casos en los que la descripción de un orador no se lleva a cabo por sí sola, sino en comparación con otro personaje, fenómeno conocido en griego como σύγκρισις, del verbo συγκρίνω, “juzgar con”¹⁰⁶. Si con las descripciones independientes –que preceden normalmente a la *sýnkrisis*– la progresión temporal de la historia se había detenido en be-

105 Otra descripción de gran extensión y que se fija en las distintas partes de la oratoria es la de Marco Calidio, en §274-278, ya en la última *aetas*, la de Bruto. Como en otras ocasiones, el narrador es consciente de que se ha alargado demasiado y anuncia la vuelta a Hortensio, de quien se habían propuesto hablar (§279: *sed redeamus ad eum, qui iam unus restat, Hortensium*). Sin embargo, aún la pospone un poco para tratar ahora de Gayo Licinio Calvo y Gayo Escribonio Curión hijo.

106 El propio término recuerda la raigambre griega del procedimiento.

neficio del discurso, ahora éste conoce una expansión aún mayor de los núcleos narrativos principales gracias a estas *similitudines*. A continuación ofrecemos una tabla que refleja las más importantes:

§41-43	Temístocles–Gayo Marcio Coriolano
§63-66	Catón el Censor–Lisias, Catón–Filisto de Siracusa y Tucídides, Filisto de Siracusa y Tucídides–Teopompo = ¹⁰⁷ Lisias–Demóstenes = Catón–oradores posteriores
§83-84	Gayo Lelio <i>Sapiens</i> –Publio Cornelio Escipión Africano Emiliano
§85-89	Gayo Lelio <i>Sapiens</i> –Servio Sulpicio Galba
§103-106	Tiberio Sempronio Graco–Gayo Papirio Carbón
§110-116	Marco Emilio Escauro–Publio Rutilio Rufo
§138	Demóstenes–Hipérides = Marco Antonio–Lucio Licinio Craso
§143-155	Antonio–Craso, Craso–Quinto Mucio Escévola = Servio Sulpicio Rufo–Marco Tulio Cicerón, Servio Sulpicio–Escévola. §146: <i>verum ad Crassum revertamur</i>
§194-198	Nueva comparación entre Craso y Escévola, al retomar la <i>Causa Curiana</i> .
§202-204	Gayo Aurelio Cota–Publio Sulpicio Rufo, Cota–Antonio, Sulpicio–Craso (Cota–Sulpicio = Éforo–Teopompo)
§224	Gayo Servilio Glaucia–Hipérbolo
§234-235	Gneo Cornelio Léntulo Clodiano–Gayo Escribonio Curión (padre), Gneo Léntulo–Publio Cornelio Léntulo Sura
§249-250	Marco Claudio Marcelo–Cicerón
§283	Gayo Licinio Calvo–Gayo Escribonio Curión (hijo)
§320 y ss.	Quinto Hortensio Hórtalo–Cicerón
§326	Hortensio–Meneclés

107 El signo = indica que la comparación no se realiza entre oradores individuales, sino entre parejas de oradores.

Vemos que casi todos los oradores principales son objeto de esta valoración sincrística. Pero el procedimiento es tan complejo y variado que las posibilidades de comparación son múltiples:

- Un romano con otro romano que comparte la misma *aetas* (incluso la misma fecha de nacimiento) y cuyas carreras se entrecruzan: Lucio Licinio Craso y Quinto Mucio Escévola (nacidos en 140 y enfrentados por la *Causa Curiana*); o el propio Cicerón y Hortensio.
- Un romano con otro romano de una generación diferente¹⁰⁸, pero unidos por ejemplo por el dominio de una misma disciplina: Escévola (nac. 140) y Servio Sulpicio Rufo (nac. 106), ambos expertos en derecho civil.
- Un romano con un griego de la misma época: Gayo Marcio Coriolano y Temístocles, ambos del siglo V a.C.
- Un romano con un griego de época muy diferente, pero cuyo estilo es en cierta medida parangonable: Catón el Censor (nac. 234 a.C.) y Lisias (nac. ca. 458 a.C.).
- Un griego con otro griego de la misma época: Éforo y Teopompo, ambos del siglo IV y alumnos de Isócrates.
- Un griego con otro griego de generaciones diferentes: Tucídides (460-396) y Teopompo (380-323).
- Una pareja de romanos con otra pareja de romanos de diferente época: Craso y Escévola (nac. 140) comparados con Servio Sulpicio y Cicerón (nac. 106).
- Una pareja de romanos con otra pareja de griegos de diferente época: Craso y Antonio comparados con Demóstenes e Hipérides (siglo IV).
- Una pareja de griegos con otra pareja de griegos, en las que los primeros miembros de cada pareja comparten fecha y son a su vez anteriores al segundo miembro de cada pareja: Tucídides (460-396) y Teopompo (380-323) comparados con Lisias (458-380) y Demóstenes (384-322).

108 Algunos de los saltos cronológicos que implican estas síncretis –los más significativos– fueron estudiados en el capítulo del orden. En la mayoría de los casos, las síncretis tienen el estatuto de paréntesis explicativos, con lo que el orden temporal no se considera de manera tan estricta.

Lamentablemente, no hay lugar para detenerse en cada uno de estos ejemplos. Baste con decir aquí que los más complejos son sin duda aquellos que presentan una *sýnkrisis* múltiple, en la que se llegan a enlazar hasta once personalidades en una cadena de comparaciones cuidadosamente construida¹⁰⁹. Éste es el caso de las equiparaciones sugeridas por las grandísimas figuras de Antonio y Craso, tal como se recoge en la tabla (§138-204)¹¹⁰. También al hilo de Catón se mencionan expresamente otros cinco autores antiguos, a los que se suman los oradores que sucedieron al Censor, vagamente aludidos como *posteriores* (§66). Cicerón es consciente del carácter polémico de algunas de estas confrontaciones, especialmente la que equipara a Catón con Lisias¹¹¹. De ahí que el autor se diera la posibilidad de responder a las posibles críticas en el cuerpo del propio *Brutus*, poniéndolas en boca de Ático hacia el final del diálogo (§293 para las objeciones de Ático, §298 para la réplica de Cicerón).

Si hemos visto que el narrador Cicerón, con su economía planificadora, somete el discurso a diferentes velocidades –lenta para los mejores oradores y algún “antihéroe”¹¹², rápida para aquellos otros secundarios–, también hay momentos en los que suspende por completo el decurso de la narración para introducir sus comentarios personales sobre diferentes temáticas, generalmente en un tono más genérico. Hablamos de la **digresión**, entendida como “elemento en cierto modo marginal y auxiliar con relación a la narrativa propiamente dicha en que se inscribe”¹¹³. Las digresiones son movimientos

109 Kytzler (*o.c.*, 293) detecta aquí un procedimiento similar a las “proporciones” matemáticas (*Verhältnisgleichungen*). Señala además que, aunque pudiera parecer lo contrario, Cicerón no abusa de las sínkrisis en ningún momento, sino que las introduce sólo cuando tienen sentido –a diferencia, por ejemplo, de Plutarco, que sí explotó estas posibilidades técnicas–. El propio narrador nos demuestra su comedimiento en medio de la *sýnkrisis* entre Craso y Escévola, cuando dice: *Licet omnia hoc modo; sed vereor ne fingi videantur haec, ut dicantur a me quodam modo* (§149). Asimismo, Friedrich Leo –citado por Kytzler una página más adelante– asegura que los ejemplos más perfectos de sínkrisis se pueden encontrar en el *Brutus* de Cicerón.

110 Una explicación detallada de la misma se puede encontrar en KYTZLER, *o.c.*, 293.

111 Esta *sýnkrisis* ha sido estudiada por DELARUE en “La ‘ressemblance’ entre Lysias et Caton dans le *Brutus* de Cicéron”, *Impacts IV* (1976), 49-66. El autor concluye que, aunque Cicerón se defiende de una supuesta intención irónica, la ironía “socrática” no está ausente en esta comparación, “algo nada sorprendente en un diálogo que se desarrolla al pie mismo de la estatua de Platón”.

112 Nos referimos, por supuesto, a Gayo Escribonio Curión padre, cuyo extenso tratamiento responde al objetivo ciceroniano de *conferre parva magnis* (§213).

113 C. REIS, *o.c.*, 64.

de pausa y, por tanto, su velocidad es nula¹¹⁴. El propio Cicerón nos hace saber en numerosas ocasiones que ha interrumpido conscientemente el hilo narrativo, y al final de algunas digresiones introduce notas narratológicas que nos anuncian una vuelta al tiempo del discurso. En la siguiente tabla se reflejan las principales digresiones y las correspondientes marcas de transición:

§31	Observaciones sobre el desarrollo de la filosofía §31: <i>quod quoniam genus ab hoc quod proposuimus abhorret, philosophos aliud in tempus reiciamus; ad oratores, a quibus digressi sumus, revertamur.</i>
§33-34	La prosa rítmica
§42-44	Problema de la fidelidad histórica y su manipulación por parte de los historiadores retóricos
§60	Disquisición cronológica sobre la fecha en que murieron Nevio y Plauto
§62	Los elogios fúnebres §63: <i>Catonis autem orationis</i> (se retoma el tema que se venía tratando)
§70-71	La idea de progreso evidenciada por las artes plásticas griegas y los albores de las literaturas griega y latina. ¹¹⁵
§72-73	Disputación sobre la cronología de Livio Andronico y la representación de la primera obra teatral §74: <i>Haec si minus apta videntur huic sermoni, Brute, Attico adsigna...</i>
§75-76	Continúa la digresión sobre los primeros autores de la literatura latina (con una referencia a la intertextualidad y/o al plagio). ¹¹⁶

114 Así nos lo recuerda GENETTE en *o.c.* 1998, 26.

115 Cf. A. NOVARA, "L'Histoire critique de l'éloquence latine dans le *Brutus*: le rôle des grandes digressions dans l'ouvrage, comment elles servent l'idée de progrès dans l'art et en particulier dans l'éloquence", en *Les idées romaines sur le progrès d'après les écrivains de la République*, Paris (Belles Lettres) 1982. Aquí se consideran además todas las grandes digresiones del *Brutus*, incluidas las que versan sobre el juicio del pueblo vs. el juicio del experto y sobre el aticismo.

116 Cf. I. PIERINI, "Un modulo del linguaggio critico di Cicerone (*Brutus*, 76)", *Studi Italiani di Filologia Classica* XLVII (1975) 68-85.

§91-94	Distinción entre discursos orales y fijados por escrito. La escritura como ejercicio retórico
§99-100	Cuestiones de autenticidad (sobre un discurso de Gayo Fanio)
§118-121	Relación entre retórica y filosofía (estoicos, académicos y peripatéticos) §122: <i>Nunc reliquorum oratorum aetates, si placet, et gradus persequamur.</i>
§170-172	Explicaciones sobre el concepto de <i>urbanitas</i> (al hilo de los oradores no romanos) §172: <i>sed domum redeamus, id est ad nostros revortamur.</i>
§183-200	El juicio del experto frente a la valoración por parte de un lego ¹¹⁷ §201: (vuelve al punto donde empezó la digresión) <i>quando igitur, inquam, a Cotta et Sulpicio haec omnis fluxit oratio... revortar ad eos ipsos.</i>
§208-209	Colaboración de varios autores en un solo discurso
§210-213	Consideraciones sobre el <i>usus domesticus</i>
§254-257	Paralelo entre la manera en que un general hace historia y el modo en que el orador abre nuevas provincias intelectuales §258: <i>Sed perge, Pomponi, de Caesare et redde quae restant.</i>
§284-291	El problema del aticismo ¹¹⁸ §291. <i>Sed redeamus rursus ad Hortensium.</i> §292. <i>Sane quidem, inquit Brutus; quamquam ista mihi tua fuit periucunda a proposita oratione digressio.</i>

Pese a las disculpas ocasionales de Cicerón por haberse embarcado en estos comentarios extradiegéticos, acusando incluso en tono de broma a Ático después de una de las frecuentes disquisiciones cronológicas (§74), el arpinate sabe que su relación de los oradores ilustres sería demasiado árida sin este tipo de excursos y

117 Cf. G. BOLONYAI, "Iudicium docti indoctique", *Acta Antiqua Academiae Scientiarum Hungaricae* 34 (1993) 103-137. Y D.M. SCHENKEVELD, "Iudicia vulgi: Cicero, *De oratore* 3.195ff. and *Brutus* 183ff.", *Rhetorica* VI (1998), 291-305.

118 Esta cuestión ha suscitado una ingente bibliografía. Véase, por ejemplo, C. COÑOER, "Los Attici latinos", *Humanitas in honorem Antonio Fontán*, Madrid (Gredos) 1992.

se aplica a sí mismo el principio de que el orador debe hacer digresiones para embellecer el discurso, recurso en el que fue pionero –nos dice en §82– Servio Sulpicio Galba (*ut egrederetur a proposito ornandi causa*).

Sin embargo, estas digresiones no surgen, por así decir, al calor del momento, sino que son fruto de una meditada planificación y su pertinencia está siempre sobradamente justificada¹¹⁹. Así, por ejemplo, nos habla de la distinción entre filosofía natural y filosofía ética al hilo de Sócrates (§31); de la prosa rítmica en relación con su inventor, Isócrates (§33 y ss.); de la fidelidad histórica tras mencionar la muerte de Coriolano, adornada con tintes retóricos (§42 y ss.); de la importancia de la lengua hablada en el entorno familiar cuando describe a Curión, cuyo brillante estilo se debía exclusivamente a este *usus domesticus* (§210 y ss.); de la contraposición entre hazañas militares y glorias oratorias precisamente cuando se habla del gran conquistador César (§254 y ss.). ¿Y qué decir de la enorme digresión sobre el aticismo? ¿Dónde podría aparecer si no detrás de Licinio Calvo (§284 y ss.)? A veces incluso es una digresión la que da pie a otra, como sucede cuando se habla sobre la cronología de Livio Andronico en medio de un excursus sobre las primeras manifestaciones de la literatura latina¹²⁰.

Tampoco es casualidad que las digresiones hayan sido, con diferencia, los aspectos del *Brutus* que más atención han merecido por parte de los estudiosos¹²¹. En ellas es donde mejor se refleja la ideología del autor y cualquier intento por desentrañar su pensamiento ha de tener en cuenta necesariamente estos pasajes, con las naturales reservas debidas a su inclusión en una obra literaria. Pero es que además es aquí donde nos encontramos con el Cicerón más lúdico: el que echa en cara a Ático que le haya contagiado su

119 Estamos en desacuerdo con Sabbadini (“Dubbi sul *Bruto* di Cicerone”, citado en DOUGLAS, *o.c.* 1966 B, XXIII) cuando afirma que las digresiones están mal encajadas en la narrativa.

120 Kytzler, que detecta una estructura tripartita en el *Brutus* (*o.c.*, 280 y ss.), cree que las digresiones intercaladas en cada una de esas tres partes responden al propósito de resaltar la importancia de las disciplinas indispensables para el dominio de la retórica: al final de la primera parte, la filosofía (§118-121); poco después de comenzar la segunda, el derecho (§145-158) –yo no la percibo como una digresión, sino como una *synkrisis*–; en la tercera, la historia (§254-258).

121 Una consulta a los repertorios bibliográficos, como la *Année Philologique*, no deja lugar a dudas. En las notas precedentes se apuntan algunos de estos estudios.

pasión por la cronología (§74); el que bromea sobre los excesos que cometen los historiadores (§42 y ss.); el que juega con la posibilidad de inventarse un antepasado patricio, Manio Tulio, para fingir no ser un *homo novus* (§62); el que nos cuenta la anécdota del pobre Teofrasto, que tras vivir tantos años en Atenas y hablar la lengua ática mejor que todos, no era capaz de ocultar su acento extranjero cuando iba a comprar al mercado (§172). Si, como nos dice Douglas¹²², el objetivo de Cicerón era “no repeler al lector con una larga concatenación de nombres propios”, en estos fragmentos al menos lo ha conseguido.

Otro de los signos temporales de la velocidad es la “elipsis”, que “constituye toda forma de supresión de lapsos temporales más o menos amplios, supresión que es denunciada de modo variablemente transparente”¹²³. Podemos decir que en el *Brutus* no hay elipsis significativas. La escasez de fuentes en la primera época (particularmente antes de llegar a Marco Cornelio Cetego en §57) provoca que el ritmo narrativo sea muy rápido, pues se pasa del siglo VI en §53 (Lucio Junio Bruto) al III en §57 (con Gayo Flaminio), pero Cicerón no esquiva los comienzos de la República en modo alguno: se fija en los logros políticos de los personajes que la pueblan y realiza las inferencias que la *coniectura* le permite, indicándonos expresamente que éste es su método (§56). Un ritmo veloz, pero no elíptico, se detecta en el resumen de la época griega, donde es normal el paso de un siglo al siguiente, como de Pisístrato a Temístocles (*hunc proximo saeculo Themistocles insecutus est*, §41). Otra cosa muy diferente es la omisión, deliberada o no, de ciertos oradores dentro de una época¹²⁴. Cicerón siempre reclama para sí la pretensión de exhaustividad, y en §269 hace que Ático le reproche el haberse olvidado de Marco Servilio, pese a estar enumerando a tantos de escasa categoría.

122 DOUGLAS, *o.c.* 1966 A, 291. No estoy de acuerdo, sin embargo, con Douglas cuando dice en este mismo artículo (pág. 299) que el pasaje que trata sobre Julio César y Marco Claudio Marcelo es una digresión. El principio expreso de “no hablar de oradores vivos” no significa que Cicerón *de hecho* pretendiera pasar por alto a estos oradores, y su tratamiento no es en absoluto parentético, sino perfectamente situado en la *aetas* a la que pertenecen, a la par que bastante detallado.

123 C. REIS, *o.c.*, 72.

124 Grandes ausencias son Andócides e Iseo en la etapa griega y Gayo Mario y Lucio Cornelio Sila en la época romana.

C. La frecuencia

La tercera categoría que es necesario tener en cuenta en la sistematización propuesta por Genette es la frecuencia, que se centra en “la relación cuantitativa establecida entre el número de eventos de la historia y el número de veces que son mencionados en el discurso”¹²⁵. La frecuencia, entendida como una especie de extensión narratológica del aspecto verbal, se elabora a través de tres procedimientos fundamentales: el singulativo (relatar una vez lo que ha sucedido una vez); el repetitivo (contar varias veces en el discurso un acontecimiento que sólo ha sucedido una vez en la historia); y el iterativo (contar una sola vez en el discurso un evento que ha tenido varias ocurrencias en la historia).

El *Brutus*, como narración elaborada que es, recurre a los tres procedimientos. Nos hemos referido en el capítulo anterior a las descripciones. En ellas encontramos con mucha frecuencia el **aspecto iterativo**: las intervenciones en público de cada orador serían sin duda numerosas, pero de ellas se extrae y se abstrae –por economía– su denominador común, que nos da la clave sobre las cualidades del orador en cuestión. La iteración se suele expresar en imperfecto. Así, de Curión (§216) se nos dice que su *motus erat is...*, tan ridículo que mereció incluso una calificación *in perpetuum* (*quis loqueretur e luntre*). Sobre la acción de Antonio (§141) se comenta: *gestus erat non verba exprimens, sed cum sententiis congruens*; y se hace notar su tono casi siempre quejumbroso en los pasajes patéticos (*habebat enim flebile quiddam in questionibus...*).

Los adverbios de carácter frecuentativo (del tipo *cotidie* o *aliquando*) también suelen ser indicadores del discurso iterativo. Cicerón no deja de referirse a situaciones que se repetían casi a diario, como consecuencia de la rutina asamblearia (*reliqui qui tum principes numerabantur in magistratibus erant cotidieque fere a nobis in contionibus audiebantur... C. etiam Iulius aedilis curulis cotidie fere accuratas contiones habebat*, §305); o a la frecuencia de las relaciones interpersonales (*neptes Licinias, quas nos quidem ambas, hanc vero Scipionis etiam tu, Brute, credo, aliquando audisti loquentem*). Asimismo resalta la necesidad y la fatiga de una ejercitación continuada (*eodem tamen*

125 C. REIS, *o.c.*, 109.

tempore Athenis apud Demetrium Syrum veterem et non ignobilem dicendi magistrum studiose exerceri solebam, §316).

Respecto al **discurso singulativo**, como su propio nombre indica, representa acciones singulares, en las que se pone de manifiesto su aspecto puntual y momentáneo. Junto al iterativo, es el más frecuente en el *Brutus*, y Cicerón lo emplea cuando narra causas concretas, como la que asumió Servio Sulpicio Galba en relación con los asesinatos cometidos en el bosque de Sila (§85 y ss.). Aquí detalla lo que ocurrió en el único día que quedaba antes del juicio (*unum quasi comperendinatus medium diem fuisse*) y en el día mismo de la instrucción (*et cum cognitionis dies esset*), especificando lo que hizo Galba cuando se le anunció que los cónsules habían bajado al foro (*quoad ei nuntiatum esset consules descendisse*) y la mirada que puso cuando se le comunicó que había llegado su turno de palabra (*interim cum esset ei nuntiatum tempus esse, exisse in aedes eo colore et iis oculis, ut egisse causam, non commentatum putares*). Al final encontramos el sintagma adverbial *illa die* (§88), cuando se da a conocer la sentencia: libertad para los acusados. De todos modos, la puntualidad de este caso no impide extraer conclusiones sobre la manera en que Galba procedía habitualmente, produciéndose un salto de lo singulativo a lo iterativo. Esta misma extensión de lo particular a lo general se había hecho con Gayo Lelio pocos párrafos antes (§86): Lelio había asumido el caso antes que Galba, y había hablado *accurate eleganterque*, pero Cicerón no se olvida de matizar *ut semper solitus esset*.

Douglas insiste en que “no existe la más mínima duda sobre dónde encontrar el tratamiento principal de un orador”¹²⁶, pero, junto con Badian, no podemos negar la evidencia de que “Cicerón trata a muchos hombres importantes más de una vez”¹²⁷. Es precisamente el estudio de la **repetición** y de las evocaciones anafóricas el que nos permite conocer los oradores y los discursos favoritos de Cicerón, así como la valoración divergente que hace Ático de los oradores ya tratados por Cicerón en §292 y ss. (en efecto, aquí vuelven a mencionarse los mismos oradores, pero la focalización es diferente, puesto que se consideran –en la ficción del diálogo– bajo la perspectiva de Ático).

126 O.c., 1966 A, 298.

127 *Id.*

A veces un mismo discurso sirve para propósitos diferentes. Así, la *oratio* que Catón el Censor pronunció contra Galba en el 149 a.C., conocida temáticamente como *Pro direptis Lusitanis*¹²⁸, es utilizada por Cicerón en §80 para marcar los límites cronológicos de Catón. Éste fue su último discurso y lo pronunció con *summa contentione* a la edad de ochenta y cinco años. Un poco más adelante, en §89, Cicerón, definiendo más claramente el contexto en que tuvo lugar la causa, se fija ahora en la intervención de Galba y la emplea para ilustrar sus dotes oratorias, en particular su fuerza, con la que era capaz de conmover y apelar a la misericordia del pueblo. Pero Cicerón, como atento narrador, no se olvida de notar la repetición con un *ut ante dixi*.

Lo mismo sucede con la denominada *Causa Curiana*, la gran predilecta de Cicerón. La introduce por primera vez en §144 como base de la *sýnkrisis* entre Craso y Escévola. Con ella Cicerón pretende ilustrar la riqueza argumentativa de Craso, abogado de Manio Curio en este caso, en el que habló *contra scriptum pro aequo et bono*, es decir, en favor de la equidad y sin atenerse a la literalidad del testamento. Así fue capaz de derrotar al abogado de Coponio, que había hablado antes que él y que no era otro que el mismísimo Escévola (*hominem acutissimum Q. Scaevolam et in iure, in quo illa causa vertebatur, paratissimum*). En §194, Cicerón vuelve a la misma causa, indicándolo oportunamente como suele hacer (*in ea causa de qua ante dixi*). Ahora se encuentra inmerso en una digresión sobre el juicio que el pueblo emite acerca de los oradores. Este proceso le sirve para diferenciar al lego (que aprobaría el discurso de Escévola como el mejor sin esperar a compararlo con el posterior de Craso) del experto (que sabría desde el primer momento que existe una elocuencia mejor). Aquí el tratamiento de la *Causa Curiana* es muy extenso (§194-198). Pero aún habría de sacarle más rendimiento, en concreto para otra digresión, la que pondera las glorias de la oratoria por encima de las hazañas bélicas (§256 y ss.). Cicerón dice preferir el discurso de Craso en defensa de Manio Curio antes que los triunfos sobre las fortalezas de los ligures (*malim mihi L. Crassi unam pro M'. Curio dictionem quam castellanos triumphos duo*). No es necesario especificar más, pues es ya bien conocida para el oyente/lector.

128 Cuando Servio Sulpicio Galba fue pretor en Hispania Ulterior en 151, masacró a traición a unos embajadores lusitanos que iban a negociar la paz. Fue procesado por ello dos años después, resultando absuelto.

En un diálogo dedicado a un orador más joven, Cicerón no puede omitir las recomendaciones literarias, y, si son buenas, ¿por qué no repetir las? La gota de agua horada la piedra. En §112 alaba los tres libros autobiográficos de Marco Emilio Escauro, calificándolos como *sane utiles* y quejándose de que nadie los lee. En §133, el desconocimiento general de un excelente libro de contenido similar, el escrito por Quinto Lutacio Cátulo sobre su consulado y sus propias hazañas, le hace acordarse de los tres de Escauro: *illi tres, de quibus ante dixi, Scauri libri*. Aquí Cicerón viste el ejemplo con cinturón y tirantes: el habitual *ante dixi* y el deíctico *illi*.

También es cierto que Cicerón hace dobles menciones de algunos oradores. Sin embargo, en la mayoría de las ocasiones, esto no se debe a un descuido o a una falta de planificación: una de las menciones, la más escueta, suele perseguir el encuadre cronológico; la otra, más elaborada, apunta a las cualidades oratorias de los personajes en cuestión. En §57, Cicerón describe mínimamente – debido a la incertidumbre propia de los orígenes – a tres personajes: Gayo Flaminio, Quinto Máximo Verrugoso y Quinto Metelo. Éste es el sitio que les corresponde, pues los tres son anteriores a Catón. Sin embargo, en §77, cuando Cicerón enumera a los *Catone grandiores natu*, vuelven a aparecer sólo con sus nombres. Lo contrario sucede en §96: Cicerón adelanta la mención de Gayo Carbón y Tiberio Graco, porque son los que dan nombre a la *aetas*, pero sólo los trata por extenso más adelante (a partir de §103), cuando ya ha hablado sobre los de mayor edad. Algo parecido ocurre con los oradores ligados a Gayo Graco. Cicerón menciona a varios juntos en §110 (Gayo Curión, Marco Escauro, Publio Rutilio y Gayo Graco); pasa a hablar de Escauro y Rutilio, y la descripción completa de Gayo Curión y de Gayo Graco se pospone hasta §122 y §125 respectivamente. Un ejemplo idéntico es el de §182. Aquí aparecen juntos los componentes de la *aetas* de Cota y Sulpicio: Gayo Cota, Publio Sulpicio, Quinto Vario, Gneo Pomponio, Gayo Curión, Lucio Fufio, Marco Druso y Publio Antistio. La elocuencia de Gayo Curión no es descrita hasta §210; la de Quinto Vario, Gneo Pomponio, Lucio Fufio y Marco Druso, hasta §221-222; la de Publio Antistio se demora hasta §226¹²⁹.

129 Sin duda Douglas estaría pensando exclusivamente en este tipo de casos al asegurar que no había repeticiones significativas en el *Brutus*.

Asimismo, los límites cronológicos de Hortensio (§228-230) aparecen separados de su descripción propiamente dicha (§301 y ss.). En §228 Cicerón introduce a Lucio Cornelio Sisena, y le parece oportuno situarlo entre la generación de Hortensio y la de Sulpicio, a ninguno de los cuales podía compararse. Esto le da pie para especificar la cronología de Hortensio (la primera vez que habló en el foro con diecinueve años, su muerte, las generaciones con las que enlaza...). Como casi siempre, la inversión del orden y el motivo de la misma se indican de manera expresa, en §229: *hoc de oratore paulo post plura dicemus; hoc autem loco voluimus <eius> aetatem in disparem oratorum aetatem includere*.

A veces hay repeticiones que parecen menos programadas y que nos transmiten cierta sensación de improvisación propia de la oralidad. Por ejemplo, en §212, al recordar a los ilustres antepasados del colega de Bruto, Quinto Metelo Escipión, nos dice que su bisabuelo Quinto Metelo tuvo cuatro hijos, información que ya conocíamos desde §81: *Q. Metellus, is cuius quattuor filii consulares fuerunt*. En §160, cuando Cicerón está repasando la trayectoria de Craso, nos habla del pregonero Granio, con quien cenó Craso durante su tribunado, hecho relatado dos veces por Lucilio (*sed ita tacitus tribunatus ut, nisi in eo magistratu cenavisset apud praeconem Granium idque nobis bis narravisset Lucilius, tribunum plebis nesciremus fuisse*). Poco más tarde, en §172, Cicerón nos cuenta que Quinto Granio rivalizaba en mordacidad con Tito Tinca, de Piacenza, pero, por si dudábamos de la identificación, vuelve a calificarlo como “pregonero”. Ahora es Bruto, atento oyente, quien saca a colación a Lucilio: *eon’ de quo multa Lucilius?* Aquí Cicerón consigue dar verosimilitud a su ficción del diálogo.

En ocasiones las repeticiones surgen, como es lógico, por asociación. A Marco Bruto, “la gran deshonra de la familia de Bruto” (*dedecus generi vestro*), ya lo conocíamos de §130. Ahí se nos había dicho que tenía un padre muy experto en derecho. En §175, se presenta a Gneo Pompeyo Estrabón, que conocía el derecho civil gracias a su hermano Sexto. Entonces parece oportuno recordar que igualmente Marco Bruto había llegado a tener reputación como jurista por el mismo método (*simili ratione*), es decir, gracias a la influencia de un familiar y no tanto por sus propios méritos. Otro caso de asociación “por linaje” lo encontramos en §263, donde se nos dice que Gayo Sicinio era nieto por parte de madre del famoso

Quinto Pompeyo que fue censor (*Q. Pompei illius, qui censor fuit, ex filia nepos*). En cambio, del propio Quinto Pompeyo se había afirmado en §96 que llegó a lo más alto por sí mismo, sin tener antepasados famosos (*per se cognitus sine ulla commendatione maiorum*). Seguramente un oyente no recordaría tal detalle ya tan avanzado el diálogo, pero aun así la contraposición –¿casual?– entre nieto y abuelo llama poderosamente la atención.

Hay algunos acontecimientos sobre cuyo carácter puntual Cicerón no deja duda. En §305 nos dice que Gayo Curión fue abandonado por toda la asamblea una vez (*semel*): *C. Curio, quamquam is quidem silebat, ut erat semel a contione universa relictus*. Sin embargo, lo embarazoso de la situación le lleva a repetirla como argumento en el discurso: ya en §192 la había utilizado como ejemplo de la necesidad de gustar al auditorio. En otros casos la ambigüedad es mayor. Cicerón menciona dos veces que escuchó las lecciones de Molón en Roma (§307 y §312) antes de viajar a Rodas para seguir formándose con él (§316). En §307 el año queda claro, porque fue cuando murieron Quinto Cátulo, Marco Antonio y Gayo Julio César Estrabón (87 a.C.). En cambio, en §312 *eodem tempore* es demasiado vago para saber si se trata de la misma ocasión que la anterior o de otra diferente. Tampoco §316, donde se refiere al mismo hecho, aclara nada¹³⁰.

Hemos dejado para el final el caso de repetición quizás más importante. Ya habíamos visto en el apartado del orden la recapitulación que hace Ático en §258 sobre los oradores que destacaron por la pureza de su latín: aquí se vuelve a mencionar a Gayo Lelio y Publio Escipión (ya en §82); a Tito Flaminio (§109), a Cátulo (§132), Cota (§182) y Sisena (§228). Pero, sin duda, la gran revaluación de oradores tiene lugar en §293 y ss. Aquí Cicerón cambia el punto de vista y lo focaliza en Ático, de manera que, aunque los oradores ya han sido tratados, son vistos ahora bajo una nueva óptica: Catón ya no es la versión romana del ático Lisias, sino un pobre *homo Tusculanus* que ni siquiera sospechaba lo que era la verdadera elocuencia (*nondum suspicantem quale esset copiose et ornate dicere*); no es que los discursos escritos de Galba hayan perdido la fuerza de la oralidad, sino que ni siquiera merecen ser tomados en consideración; los de

130 Los autores que plantean la posibilidad de una doble redacción del *Brutus* aluden a este tipo de repeticiones como prueba. Cf. KYTZLER, *o.c.*, 274.

Lépido son antiguos; Publio Africano era una gran figura, pero seguramente su elocuencia fuera *abiecta*; Carbón y los Graco eran considerados buenos oradores porque no había nadie mejor; sólo irónicamente puede verse una obra maestra en el discurso de Craso en favor de la ley Servilia... A la hora de rebatir (§298), Cicerón sólo se fija en Catón y Craso, porque en esos dos casos era sospechoso de ironía¹³¹. Vemos, pues, cuán hábilmente maneja Cicerón el recurso de las repeticiones¹³²: quien tenga algo que objetar llega tarde, dado que las críticas más probables ya se han incluido en el marco del propio diálogo.

4. A MODO DE CONCLUSIÓN

Ya hemos insistido suficientemente en cada apartado en los logros narrativos de un Cicerón experto, que nos habla desde la maestría absoluta que ha alcanzado en sus últimos diálogos. Consigue una ordenación cronológica de la materia intachable en su coherencia y linealidad, pero con cierta sensación de profundidad y con los necesarios recesos, indicados con las marcas oportunas que nos permiten descodificarlos: sugerentes prolepsis y evocadoras retrospectivas. La expansión de las descripciones y las *sýnkrisis*, que nos recuerdan a la biografía en pequeña escala, ralentiza el ritmo narrativo y permite tomar aliento. Y todo ello sazonado con toques de humor, alusiones irónicas y guiños al lector culto.

Para hacer uso de la misma *Ringkomposition* que emplea Cicerón en el *Brutus* (con el lamento por la muerte de Hortensio y por la frustrada carrera de Bruto al principio y al final), clausuramos este trabajo desmintiendo la sentencia ciceroniana con la que lo abríamos: el *Brutus*, que inaugura el género de la historia crítica

131 Como señala Schwindt (*o.c.*, 110 y ss.), el hecho de retomar a Catón al final del diálogo nos lleva a pensar que Cicerón no instrumentaliza su figura, sino que realmente le concede un sitio en la historia de la oratoria. Según este autor, el reproche de ironía que le hace Ático es la irrecusable confirmación del puesto que ocupa Catón, a medio camino entre los toscos comienzos de la oratoria romana (lo que el estudioso denomina la "Arqueología") y la retórica más avanzada de las generaciones posteriores.

132 Cicerón también emplea la repetición para destacar argumentos que él consideraba claves en este diálogo: el tardío desarrollo de la elocuencia tanto en Grecia como en Roma (§26, §39, §45, §49); el liderazgo de Atenas respecto a la oratoria griega (§26, §49); la dificultad de alcanzar la perfección en todas las disciplinas (§71, §137)...

de la literatura, es al mismo tiempo uno de sus exponentes más perfectos.

RESUMEN

A través de la metodología ya clásica de Gérard Genette, analizamos una obra que se ha prestado poco a estudios narratológicos, el *Brutus* de Cicerón. Nos centramos en la categoría del “tiempo” y en las siguientes subcategorías: “orden” (confrontación del orden de los eventos en la narración y en la historia, con anacronías de anticipación y de retrospectiva); “velocidad” (sumarios, descripciones, *synkrisis*, digresiones); y “frecuencia” (discurso singulativo, repetitivo e iterativo). Asimismo, analizamos de qué recursos cronológicos disponía Cicerón en su época para estructurar una obra de tanta complejidad (entre ellos, los “sincronismos” o serie de relaciones entre personas, lugares y sucesos). El estudio de estas coordenadas temporales nos permite a su vez extraer conclusiones sobre la caracterización de los tres interlocutores del diálogo (Cicerón, Bruto y Ático) y calibrar la talla de Cicerón como autor/narrador en el último lustro de su vida.

Palabras clave: Cicerón, *Brutus*, oratoria, narratología, cronología

ABSTRACT

Using the classic methodology established by Gérard Genette, we analyse a work that has received little attention from the narratology point of view, Cicero's *Brutus*. We focus on the “time” category and the following subcategories: “order” (comparison between the order of events in the narrative and in the story, with anachronies of anticipation and retrospection); “speed” (summaries, descriptions, *synkrisis*, digressions); and “frequency” (singulative, repeating and iterative narrative). We also analyse what kind of chronological resources were at Cicero's disposal at that time for organising such a complex work (among them, “synchronisms” or a set of relationships between people, places and events). Finally, by studying time coordinates we will be able to draw conclusions

about the characterisation of the three interlocutors (Cicero, Brutus and Atticus), as well as to measure Cicero's calibre as author/narrator approximately five years before his death.

Key words: Cicero, Brutus, oratory, narratology, chronology